



LA
SOMBRA SOBRE
INNSMOUTH

H. P. LOVECRAFT



ILUSTRADO POR
ALBERTO VÁZQUEZ

LA SOMBRA SOBRE INNSMOUTH



I

Durante el invierno de 1927-1928, funcionarios del Gobierno Federal realizaron una extraña investigación secreta sobre ciertas circunstancias del antiguo puerto marítimo de Innsmouth, en Massachusetts. El público no se enteró de ello hasta febrero, cuando tuvo lugar una vasta serie de redadas y arrestos, seguidos del incendio y la voladura deliberados –con las debidas precauciones– de una enorme cantidad de casas a punto de derrumbarse, carcomidas y supuestamente desocupadas, que se alineaban en los muelles abandonados. Los seres poco curiosos dejaron pasar este suceso por considerarlo uno de los principales enfrentamientos de la intermitente guerra contra el licor.

No obstante, los que seguían las noticias de los periódicos con más interés se extrañaron ante el enorme número de arrestos, el descomunal despliegue de fuerza pública utilizado para llevarlos a cabo, y la discreción que rodeó al libramiento de los detenidos. No se informó de ningún juicio, ni de acusaciones concretas; ni tampoco fue visto posteriormente ninguno de los detenidos en las cárceles ordinarias de la nación. Hubo declaraciones imprecisas acerca de enfermedades y campos de concentración, y después sobre la dispersión de los reclusos en varias prisiones navales y militares, pero nunca quedó claro nada definitivo. La misma ciudad de Innsmouth

quedó casi despoblada, e incluso ahora sólo empieza a mostrar algunas señales de un lento renacer.

Las quejas formuladas por muchas organizaciones liberales fueron acogidas con largas discusiones confidenciales, y sus representantes se encargaron de visitar ciertos campos y prisiones. Como consecuencia de esas visitas, tales sociedades se volvieron sorprendentemente inactivas y reticentes. Los periodistas fueron más difíciles de manipular, pero al parecer en su mayor parte acabaron por colaborar con el Gobierno. Sólo un periódico —un tabloide a quien nadie hacía caso por su exaltada política— mencionó el submarino capaz de sumergirse a gran profundidad que lanzó varios torpedos al abismo marino, justo detrás de Devil Reef [Arrecife del Diablo]. Esa noticia, recogida por casualidad en un antro de marineros, parecía bastante inverosímil desde luego, ya que dicho arrecife, negro y bajo, queda por lo menos a milla y media [casi dos kilómetros y medio] del puerto de Innsmouth.

La gente de los alrededores y de los pueblos cercanos murmuraba mucho entre sí, pero decía muy poco a los forasteros. Hacía casi un siglo que hablaban entre ellos del moribundo y medio desierto Innsmouth, y nada de lo que sucediese podría ser más descabellado o más espantoso que lo que años antes se había rumoreado o insinuado. Habían ocurrido cosas que les habían enseñado a mostrarse reservados, y ya no hacía falta presionarlos. Además, en realidad sabían muy poco; ya que unas extensas marismas, solitarias y despobladas, mantenían a los vecinos alejados de Innsmouth por la parte que mira hacia tierra.

Pero por fin yo voy a desafiar la prohibición de hablar sobre esa cuestión. Estoy seguro de que los resultados obtenidos son tan cabales que ningún perjuicio público, salvo un sobresalto de repugnancia, podría derivarse de una simple alusión a lo que encontraron los horrorizados policías que hicieron una batida en Innsmouth. Además, lo que se encontró podría tener más de una explicación. No sé exactamente hasta qué punto me han contado toda la verdad, pero tengo muchas razones para no desear investigar más a fondo. Pues mi relación con este asunto ha sido más directa que la de cualquier otro profano, y me he llevado tales impresiones que me veo obligado a tomar medidas drásticas.

Fui yo quien huyó desesperadamente de Innsmouth a primeras horas de la mañana del 16 de julio de 1927, y fueron mis asustadas súplicas al Gobierno para que abriese una investigación y tomase medidas lo que provocó todo el episodio relatado. Estaba bastante dispuesto a permanecer callado mientras el asunto estuviera reciente y no aclarado; pero ahora que ya ha pasado el tiempo, y el interés y la curiosidad del público han desaparecido, siento un extraño deseo de hablar en voz baja acerca de las espantosas horas que pasé en aquel puerto de mar diabólicamente sombrío y de mala reputación, sobre el que se cernía la muerte y la monstruosidad impía. El mero hecho de contarlo me ayuda a recobrar la confianza en mis propias facultades, a convencerme de que no fui simplemente el primero en sucumbir a una contagiosa alucinación colectiva. Me ayuda también a decidirme acerca de cierto paso terrible que todavía tengo que dar.

Nunca había oído hablar de Innsmouth hasta la víspera del día en que lo vi por primera y –hasta ahora– última vez. Celebraba mi mayoría de edad viajando por Nueva Inglaterra –turismo, antigüedades, interés por la genealogía– y había planeado ir directamente desde la antigua ciudad de Newburyport a Arkham, de donde procedía la familia de mi madre. No tenía coche y viajaba en tren, en tranvía o en autocar, buscando siempre el itinerario más barato. En Newburyport me dijeron que para ir a Arkham era conveniente tomar el tren de vapor; y fue en la taquilla de la estación donde, al poner reparos al elevado precio del billete, oí hablar por vez primera de Innsmouth. El corpulento y sagaz vendedor de billetes, cuya forma de hablar indicaba que no era de la ciudad, pareció compadecerse de mis esfuerzos por ahorrar y me hizo una sugerencia que ninguno de mis otros informantes me había propuesto.

–Creo que *podría* tomar aquel viejo autobús –dijo con cierta vacilación–, aunque por aquí casi nadie es de esa opinión. Pasa por Innsmouth –es posible que haya oído hablar de ese pueblo– y eso a la gente no le gusta. Lo conduce un tipo de Innsmouth, Joe Sargent, pero nunca coge clientela de aquí ni de Arkham, me imagino. Lo asombroso es que siga funcionando. Supongo que es bastante barato, pero nunca he visto que lleve más de dos o tres personas... y nadie que no sea de Innsmouth. Sale de la Plaza –frente al almacén de Hammond– a las diez de la mañana y a las siete de la tarde,

a menos que hayan cambiado de horario últimamente. Parece un cacharro horrible... nunca he estado dentro.

Esta fue la primera vez que oí hablar del tenebroso Innsmouth. Cualquier referencia a un pueblo que no apareciese en los mapas usuales o no figurara en las guías turísticas recientes me habría interesado, y el modo extraño de referirse a él del vendedor de billetes suscitó de alguna manera mi curiosidad. Pensé que un pueblo capaz de inspirar tal aversión a sus vecinos debía de ser al menos bastante insólito y digno de atención turística. Si estaba antes de llegar a Arkham, me detendría allí... de modo que pedí al vendedor de billetes que me contase un poco más. Fue muy prudente y habló con aire de saber un poco más de lo que decía.

—¿Innsmouth? Verá usted, es un pueblo bastante raro que está en la desembocadura del Manuxet. Era casi una ciudad —un puerto bastante importante antes de la guerra de 1812—, pero se ha ido al garete durante los últimos cien años o poco más o menos. Ya no pasa el ferrocarril... B & M. nunca pasó por allí, y el ramal que lo unía con Rowley hace años que se abandonó.

»Debe de haber más casas vacías que habitantes, supongo, y no hay ningún tipo de negocio en especial, salvo la pesca y la langosta. Todos compran aquí, en Arkham o en Ipswich. Hace tiempo había unas cuantas fábricas, pero ya no queda más que una refinería de oro que funciona muy poco tiempo al año.

»Esa refinería, sin embargo, antes fue un buen negocio, y el viejo Marsh, su dueño, debe de ser más rico que Crespo. Pero era un tipo raro y no salía nunca de casa. Dicen que recientemente ha cogido una enfermedad de la piel o algún tipo de deformidad y no se deja ver. Es nieto del capitán Obed Marsh, que fundó el negocio. Parece que su madre era extranjera —dicen que de una isla de los Mares del Sur—, de modo que se armó la de Dios cuando se casó con una chica de Ipswich, hace cincuenta años. Siempre hacen eso con los de Innsmouth, y la gente de aquí y sus alrededores siempre trata de ocultar que por sus venas corre sangre de Innsmouth. Pero, por lo visto, los hijos y los nietos de Marsh se parecen a cualquier otro. Me los han mostrado aquí... aunque, ahora que lo pienso, parece que los hijos mayores no vienen últimamente. Al viejo nunca lo he visto.

»¿Que por qué todos le tienen tanta ojeriza a Innsmouth? Bueno, joven, no hay que hacer demasiado caso de lo que diga la gente de por aquí. Les cuesta arrancar, pero una vez han empezado, ya no paran. Han estado contando chismes de Innsmouth –por lo común en voz baja– durante los últimos cien años y, según parece, están más asustados que otra cosa. Algunas de las historias le harían reír: como que el viejo capitán Marsh tenía tratos con el demonio y sacaba diablillos del infierno para traérselos a vivir a Innsmouth, o que en algún lugar próximo a los muelles se celebraba una especie de culto satánico y sacrificios espantosos, que la gente descubrió casualmente hacia 1845 más o menos... Pero yo soy de Panton (Vermont), y esa clase de historias no me gustan.

»Aunque tenía usted que oír lo que cuentan algunos ancianos sobre el arrecife negro de la costa... el Arrecife del Diablo lo llaman. Está completamente por encima del agua la mayor parte del tiempo, y nunca muy por debajo, pero no se le puede llamar isla. Cuentan que a veces se ha visto en aquel arrecife una legión entera de demonios, tumbados por ahí, o saliendo y entrando como una flecha de una especie de cuevas que hay cerca de la cumbre. Es una roca escarpada y escabrosa, a bastante más de una milla de la costa, y cuando se disponían a culminar su travesía los marineros solían dar grandes rodeos para evitarla.

»Es decir, los marineros que no procedían de Innsmouth. Una de las cosas que tenían contra el capitán Marsh era que, al parecer, a veces atracaba allí por la noche, cuando la marea era favorable. Quizás lo hiciera, pues me imagino que la formación rocosa era interesante, y hasta es posible que buscara algún botín pirata y puede que lo encontrara; pero corría el rumor de que era allí donde hacía sus tratos con los demonios. En realidad, yo creo después de todo que fue el capitán quien verdaderamente le dio mala fama al arrecife.

»Eso fue antes de la gran epidemia de 1846, que mató a más de la mitad de la población de Innsmouth. No se llegó a explicar completamente lo que pasó, pero seguramente fue alguna enfermedad foránea, traída por mar de China o de alguna otra parte. Sin duda fue horrible: hubo disturbios por ello, y toda clase de cosas espantosas que no creo que llegaran a saberse fuera del pueblo... y que dejó el lugar en un estado lamentable. No volvió a ocurrir... ahora apenas vivirán allí unas trescientas o cuatrocientas personas.

»Pero lo que de verdad se oculta detrás de la actitud de la gente es un simple prejuicio racial... y no censuro a quienes piensan así. Detesto a esa gente de Innsmouth y no me gustaría ir a ese pueblo. Supongo que usted ya sabe —aunque por su forma de hablar veo que viene del oeste— que una gran cantidad de barcos nuestros, de Nueva Inglaterra, tenían tratos con extraños puertos de África, Asia, los Mares del Sur y de cualquier otra parte, y la de gente rara que a veces trajeron consigo. Seguramente habrá oído hablar del hombre de Salem que regresó con una esposa china, y quizás sepa también que todavía quedan un montón de isleños procedentes de Fiyi, cerca de Cape Cod.

»Verá usted, debe de haber algo parecido detrás de la gente de Innsmouth. El lugar siempre estuvo muy aislado del resto del país por marismas y riachuelos, y no podemos estar seguros de los pormenores del asunto; pero está bastante claro que el viejo capitán Marsh debió traerse a casa a unos tipos extraños cuando hizo regresar a los tres barcos que tenía en servicio activo, allá por los años veinte o treinta. Sin duda, hoy en día la gente de Innsmouth tiene una vena algo extraña... no sé cómo explicarlo, pero es la clase de cosas que te hace sentir un hormigueo. Lo advertirá usted un poco en Sargent, si coge el autobús. Algunos tienen la cabeza estrecha y rara, con la nariz chata y ojos saltones que nunca parecen cerrarse, y su piel no es del todo normal. Áspera y costrosa, y a los lados del cuello está completamente arrugada o plegada. Además, se quedan calvos muy jóvenes. Los más viejos son los que peor aspecto tienen... en realidad creo que no he visto nunca a un tipo de esos que fuera muy viejo. ¡Me figuro que se morirán al mirarse en el espejo! Los animales les tienen aversión... solían tener muchos problemas con los caballos, antes de que se pusiera de moda el automóvil.

»Nadie de por aquí, ni de Arkham ni de Ipswich, quiere saber nada de ellos, y se muestran muy poco sociables cuando vienen al pueblo o cuando alguien intenta pescar en sus caladeros. Es raro que el pescado sea siempre tan abundante en las aguas del puerto de Innsmouth, cuando ya no hay en ningún otro sitio de los alrededores... ¡Pero intente pescar usted allí y verá cómo lo echan! Esa gente solía venir por ferrocarril —caminando y tomando el tren en Rowley cuando se abandonó el ramal—, pero ahora utilizan ese autobús.

»Sí, hay un hotel en Innsmouth —se llama Gilman House—, pero no creo que valga mucho. No le aconsejo que lo intente. Es mejor que se quede aquí

y mañana por la mañana tome el autobús de las diez; luego puede coger allí un autobús para Arkham a las ocho de la tarde. Hubo un inspector de Trabajo que paró en el Gilman hace un par de años, y tuvo un montón de atisbos desagradables acerca del lugar. Parece que tienen allí una pandilla de gente extraña, porque ese individuo oyó voces en las otras habitaciones –aunque estaban vacías– que le hicieron temblar. Creía que se trataba de un idioma extranjero, pero decía que lo peor era una especie de voz que a veces hablaba. Sonaba tan poco natural –como un chapoteo, dijo– que no se atrevió a desnudarse ni a dormirse. Esperó levantado y se largó a primera hora de la mañana. La conversación siguió durante casi toda la noche.

»Ese tipo –se llamaba Casey– tenía mucho que decir acerca de cómo le observaba la gente de Innsmouth y parecía estar en guardia. Comprobó que la refinería de Marsh era bastante rara... es una vieja fábrica situada en la desembocadura del Manuxet. Lo que dijo concordaba con lo que yo había oído. Libros en mal estado, y ninguna cuenta clara de ninguna clase de transacción. Verá usted, siempre ha habido cierto misterio sobre dónde consiguen los Marsh el oro que refinan. Parece que nunca hicieron muchas compras de ese género, aunque hace unos años enviaron por barco una enorme cantidad de lingotes.

»Se solía hablar de una extraña clase de joyas extranjeras que los marineros y los empleados de la refinería vendían a veces a hurtadillas, o que les fueron vistas en un par de ocasiones a algunas mujeres de la familia Marsh. La gente reconocía que quizás el capitán Obed las adquirió en algún puerto pagano, sobre todo porque siempre encargaba montones de abalorios y dijes como los que los marineros solían llevar para comerciar con los nativos. Otros creían, y lo siguen creyendo, que había encontrado un antiguo escondrijo de piratas en el Arrecife del Diablo. Pero lo raro es que el viejo capitán había muerto hacía sesenta años, y de Innsmouth no ha salido ningún barco de gran calado desde la guerra civil; aun así me han dicho que los Marsh todavía siguen comprando a los nativos esa clase de artículos, sobre todo baratijas de vidrio y de goma. Quizás a la gente de Innsmouth le gustan para mirarse en ellas... Bien sabe Dios que han estado a punto de caer tan bajo como los caníbales de los Mares del Sur y los salvajes de Guinea.

»La plaga del cuarenta y seis debió de llevarse a los mejores del lugar. En cualquier caso ahora son un grupo sospechoso, y los Marsh y las demás familias ricas son tan malvados como ellos. Como le dije, seguramente no son más de cuatrocientos en todo el pueblo, a pesar de todas las calles que dicen que hay. Me imagino que son lo que en el Sur llaman «escoria blanca»: anárquicos, sigilosos y con muchas actividades secretas. Cogen mucho pescado y marisco, y lo exportan en camiones. Es extraño que el pescado abunde justo allí y en ninguna otra parte.

»Nadie ha podido nunca enterarse de lo que hace esa gente, y los funcionarios de la escuela pública y los encargados del censo lo tienen tremendamente difícil. Le aseguro que los forasteros figones no son bien recibidos en Innsmouth. Yo personalmente he oído de más de un hombre de negocios o del gobierno que ha desaparecido allí, y corre el rumor de que uno se volvió loco y ahora está en Danvers. Le debieron dar un susto tremendo a ese individuo.

»Por eso, yo en su lugar no iría de noche. Nunca he estado allí y no tengo ningunas ganas de ir, pero me figuro que si lo visita de día no le pasará nada... aunque la gente de los alrededores le aconsejaría que no lo hiciera. Si usted sólo está haciendo turismo y buscando cosas antiguas, Innsmouth es un lugar que le gustará.

De modo que me pasé casi toda la tarde en la Biblioteca Pública de Newburyport, consultando datos sobre Innsmouth. Cuando traté de preguntar a los naturales del lugar en las tiendas, el restaurante, los garajes y el parque de bomberos, comprobé que era más difícil entablar conversación con ellos de lo que había predicho el vendedor de billetes; y comprendí que no podía perder el tiempo para vencer su instintiva reserva. Tenían una especie de extraña suspicacia, como si se tomaran a mal que alguien se interesara demasiado por Innsmouth. En la Y.M.C.A., donde me alojé, el recepcionista trató de disuadirme de que fuera a un lugar tan triste y decadente; y en la biblioteca la gente mostró más o menos la misma actitud. Evidentemente a los ojos de las personas cultas Innsmouth no era más que un caso exagerado de degeneración cívica.

Las historias del condado de Essex que había en los estantes de la biblioteca decían muy poco, salvo que la ciudad se fundó en 1643, que antes de

la Revolución era famosa por sus astilleros, que alcanzó gran prosperidad naval a principios del siglo XIX; y que más tarde se convirtió en centro industrial de escasa importancia, que utilizaba las aguas del Manuxet como fuente de energía. La epidemia y los disturbios de 1846 apenas eran tratados, como si constituyesen un descrédito para el condado.

Las alusiones a su declive eran escasas, aunque la importancia de este último testimonio era evidente. Después de la guerra civil, toda la actividad industrial quedó reducida a la Marsh Refining Company, y el mercado de lingotes de oro constituía lo único que quedaba de su floreciente comercio, además de la sempiterna pesca. Pero la pesca se pagaba cada día menos, a medida que caía el precio de la mercancía y aumentaba la competencia de las grandes empresas, aunque nunca hubo escasez de pescado en el puerto de Innsmouth. Los forasteros solían establecerse allí y se decía con discreción que cierto número de polacos y portugueses que lo habían intentado fueron dispersados de forma particularmente drástica.

Lo más interesante de todo era una referencia indirecta a ciertas joyas extrañas vagamente relacionadas con Innsmouth. Por lo visto habían impresionado no poco a toda la región, pues se mencionaban algunas muestras que se hallaban en el Museo de la Universidad Miskatonic, en Arkham, y en la sala de exposiciones de la Newburyport Historical Society. Las descripciones fragmentarias de esos objetos eran escuetas y prosaicas, pero me dieron a entender un trasfondo de persistente rareza. Había en ellas algo que parecía tan poco corriente y estimulante que no podía dejar de pensar en eso y, a pesar de lo avanzado de la hora, decidí ver la muestra que se conservaba en la ciudad —al parecer un objeto grande, de extrañas proporciones, que servía aparentemente como tiara—, si es que era posible hacerlo.

La bibliotecaria me dio una nota de presentación para la conservadora de la sociedad, miss Anna Tilton, que vivía cerca, y tras una breve explicación, aquella anciana fue tan amable que me condujo al interior del edificio cerrado, pues no era escandalosamente tarde. La colección era ciertamente notable, pero mi estado de ánimo era tal, que no tuve ojos más que para el curioso objeto que relucía en una vitrina del rincón, iluminado por la luz eléctrica.

No me hizo falta una excesiva sensibilidad estética para quedarme literalmente boquiabierto ante el extraño y misterioso esplendor de aquella

opulenta fantasía extranjera que descansaba sobre un cojín de terciopelo de color púrpura. Ni siquiera ahora sabría describir lo que vi, aunque estaba bastante claro que se trataba de una tiara, como decía la descripción. Era alta por delante, y tenía una periferia muy grande y curiosamente irregular, como si hubiera sido diseñada para una cabeza de contorno casi imprevisiblemente elíptico. Parecía ser predominantemente de oro, aunque un misterioso lustre hacía pensar en alguna extraña aleación con otro metal igualmente bello y difícilmente identificable. Su estado de conservación era casi perfecto, y podría haberme pasado varias horas examinando los impresionantes y desconcertantemente nada tradicionales adornos —algunos, simplemente geométricos, y otros, claramente marinos—, cincelados o moldeados con increíble habilidad y elegancia.

Cuanto más lo miraba, más me fascinaba el objeto; y en esa fascinación había algo curiosamente perturbador, difícil de catalogar o explicar. Al principio decidí que lo que me inquietaba era el extraño carácter extramundano de su ejecución. Todos los demás objetos de arte que yo había visto pertenecían a alguna tradición nacional o racial conocida, si no eran deliberados retos modernistas a cualquier tradición reconocida. Aquella tiara no era ninguna de las dos cosas. Correspondía a todas luces a una técnica establecida, de infinita madurez y perfección, aunque totalmente ajena a cualquier otra —oriental u occidental, antigua o moderna— que yo hubiera visto o de la que hubiese tenido noticias. Era como si su factura fuese de otro planeta.

Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que mi desasosiego se debía a otra causa, tal vez igualmente poderosa, que radicaba en los indicios pictóricos y matemáticos de su extraño diseño. Todos los motivos aludían a remotos secretos e inimaginables abismos de tiempo y de espacio, y la naturaleza monótonamente acuática de los relieves resultaba casi siniestra. Entre esos relieves había fabulosos monstruos, de carácter detestablemente grotesco y maligno —que hacían pensar en seres mitad icóreos y mitad batracios—, que no era posible disociar de una obsesionante y desagradable sensación de falso recuerdo, como si trajesen a la memoria algunas imágenes de las células y tejidos profundos cuyas funciones retentivas son totalmente primitivas y abrumadoramente ancestrales. A ratos tenía la impresión de que el perfil de

Handwritten notes and sketches in the upper left corner, including the name "C. M. Wilson" and various symbols and scribbles.



aquellos sacrílegos peces-ranas rebosaba de la máxima quintaesencia de una desconocida maldad inhumana.

Curiosamente, el aspecto de la tiara contrastaba con su breve e insulsa historia, según me contó miss Tilton. Un habitante de Innsmouth, borracho, que poco después murió en una reyerta, la había empeñado por una suma ridícula en 1873 en una tienda de State Street. La Newburyport Historical Society la había adquirido directamente del prestamista, e inmediatamente la expuso como se merecía. La clasificó como de probable procedencia de la India oriental o de Indochina, aunque la atribución era francamente provisional.

Comparando todas las hipótesis posibles sobre el origen de la tiara y su presencia en Nueva Inglaterra, miss Tilton se inclinaba a creer que formaba parte del tesoro de algún pirata exótico descubierto por el viejo capitán Obed Marsh. Esa opinión se vio sin duda reforzada por las insistentes ofertas de compra a un elevado precio que los Marsh empezaron a hacer tan pronto como se enteraron del paradero de la joya, y que siguieron repitiendo hasta hoy mismo pese a la invariable determinación de la Sociedad de no vender.

Mientras la amable mujer me acompañaba a la puerta del edificio, me puso de manifiesto que la teoría acerca del origen pirata de la fortuna de los Marsh estaba generalizada entre la intelectualidad de la región. Su propia actitud hacia el tenebroso Innsmouth —que nunca había visitado— era de repugnancia hacia una comunidad que había caído muy bajo a nivel cultural, y me aseguró que los rumores de que adoraban al diablo estaban en parte justificados por la existencia de un peculiar culto secreto que había ido en aumento hasta tragarse a todas las iglesias ortodoxas.

Se llamaba, dijo, «La Orden Esotérica de Dagón», y se trataba indudablemente de algo degradante y casi pagano importado de Oriente un siglo antes, en una época en que la pesca parecía que escaseaba en Innsmouth. Su persistencia entre aquella gente sencilla era muy comprensible dado que de repente la pesca volvió a ser excelente y abundante, y de forma permanente, y pronto llegó a ser la mayor influencia en la ciudad, reemplazando por completo a la francmasonería y estableciendo su sede en la antigua logia masónica de New Church Green.

Todo eso, para la piadosa miss Tilton, constituía una excelente razón para rehuir aquella vieja ciudad de decadencia y desolación; pero para mí no era sino otro incentivo más. A la curiosidad arquitectónica e histórica que sentía, se añadía ahora un intenso fervor antropológico, y apenas pude dormir en mi pequeña habitación de la «Y» mientras la noche pasaba lentamente.

II

A la mañana siguiente, poco antes de la diez, estaba con una pequeña maleta ante el almacén de Hammond, en Market Square, esperando el autobús de Innsmouth. Cuando se acercaba la hora de su llegada, observé un desplazamiento general de los ociosos hacia otros lugares de la calle o al Ideal Lunch al otro lado de la plaza. Desde luego el vendedor de billetes no había exagerado la aversión que sentía la gente del lugar por Innsmouth y sus habitantes. Poco después apareció un pequeño autocar bastante decrepito de color verde sucio, bajó traqueteando por State Street, dio la vuelta y se paró junto al bordillo donde yo me encontraba. Inmediatamente me di cuenta de que era el que yo esperaba; una suposición que el casi ilegible letrero de encima del parabrisas —«*Arkham-Innsmouth-Newb'port*»— no tardó en verificar.

Sólo venían tres pasajeros —hombres morenos, desaliñados, de rostro malhumorado y aspecto más bien juvenil— y, cuando el vehículo se detuvo, salieron arrastrando los pies torpemente y echaron a andar en silencio State Street arriba, casi de manera furtiva. El conductor también se apeó, y observé que entraba en el almacén para hacer algunas compras. «Este debe de ser el Joe Sargent que mencionó el vendedor de billetes», pensé; y antes incluso de reparar en ningún detalle, sentí que me embargaba una oleada de aversión espontánea, imposible de reprimir o de explicar. De pronto, me pareció muy natural que la gente del lugar no quisiera subirse a un autobús cuyo propietario y conductor era aquel hombre, ni visitar más a menudo el hábitat de semejante individuo y de su parentela.

Cuando el conductor salió del almacén, lo miré con más atención y traté de determinar el origen de mi mala impresión. Era un hombre delgado,

cargado de espaldas, de algo menos de seis pies [un metro ochenta] de estatura, vestido con un raído traje de paisano azul y una deshilachada gorra de golf. Debía de tener unos treinta y cinco años, pero las extrañas y profundas arrugas que le surcaban el cuello a ambos lados le hacían parecer más viejo, si no se observaba su rostro melancólico e inexpresivo. Tenía la cabeza estrecha, ojos saltones de color azul claro que no parecían parpadear, nariz chata, frente huidiza y barbilla hundida, y unas orejas particularmente atrofiadas. Sus labios eran grandes y gruesos, y sus grisáceas mejillas cubiertas de poros parecían casi imberbes, si no fuera por unos pocos pelos amarillos, lacios o rizados, irregularmente repartidos; y en algunos lugares la superficie parecía desigual de un modo extraño, como si padeciese una enfermedad cutánea. Sus manos grandes y surcadas de venas tenían un color azul-grisáceo muy poco corriente. Los dedos eran sorprendentemente cortos en proporción con las demás partes del cuerpo, y parecían tener tendencia a curvarse hacia dentro de la enorme palma. Mientras caminaba hacia el autobús observé sus peculiares andares bamboleantes y vi que sus pies eran desmesuradamente enormes. Cuanto más los examinaba, más me asombraba que pudiera encontrar zapatos a su medida.

El pringue que llevaba encima aquel individuo aumentó mi aversión hacia él. Sin duda debía de trabajar o gandulear por los muelles pesqueros, y llevaba consigo el característico olor a pescado. Ni siquiera podía adivinar qué tipo de sangre extranjera corría por sus venas. Su rareza no parecía desde luego de origen asiático, polinesio ni levantino, sin embargo pude comprender por qué la gente lo encontraba extraño. Más que en una alienación, yo habría pensado en una degeneración biológica.

Lamenté que no hubiera ningún otro pasajero en el autobús. No sé por qué no me gustaba la idea de viajar solo con aquel conductor. Pero como era obvio que se acercaba la hora de salida, vencí mis escrúpulos y seguí al hombre a bordo, le di un billete de dólar y susurré una sola palabra: «Innsmouth». Me miró con sorpresa durante un segundo mientras me devolvía el cambio de cuarenta centavos, sin decir nada. Tomé asiento bastante detrás de él, pero en el mismo lado del autobús, pues quería observar la costa durante el viaje.

Por fin el decrepito vehículo arrancó de un tirón y dejó atrás, traqueteando ruidosamente, los viejos edificios de State Street, entre una nube

de gases procedente del tubo de escape. Al echar una ojeada a la gente que pasaba por la acera, me pareció percibir un curioso empeño en evitar mirar al autobús... o al menos, de evitar que pareciese que lo miraban. Luego giramos a la izquierda y entramos en High Street, donde el camino era más llano; pasamos a toda velocidad por delante de impresionantes mansiones de los primeros tiempos de la República y casas de campo de estilo colonial todavía más antiguas, dejamos atrás el Lower Green y el Parker River, y finalmente salimos a una larga y monótona zona costera en campo abierto.

El día era caluroso y soleado, pero el paisaje de arena, juncos y arbustos achaparrados fue haciéndose cada vez más desolado a medida que avanzábamos. Por la ventanilla pude ver el agua azul y el contorno arenoso de Plum Island, y al cabo de un rato nos acercamos mucho a la playa, ya que abandonamos la carretera general a Rowley e Ipswich. No se veían casas y, por el estado de la carretera, deduje que el tráfico por allí debía de ser muy escaso. Los pequeños postes del teléfono deteriorados por la intemperie sólo llevaban dos cables. Algunas veces cruzábamos toscos puentes de madera tendidos sobre riachuelos que, cuando la marea estaba alta, serpenteaban tierra adentro, contribuyendo a aislar todavía más la región.

De vez en cuando observé tocones marchitos y cimientos de tapias desmoronadas encima de la arena amontonada, y recordé la antigua tradición, citada en una de las historias que había leído, de que hace tiempo aquella había sido una comarca fértil y densamente poblada. El cambio, se decía, sobrevino a la vez que la epidemia de Innsmouth en 1846, y la gente sencilla creía que estaba relacionado enigmáticamente con ocultos poderes malignos. En realidad, se debió a la insensata tala de bosques cerca de la costa, que privó al suelo de su mejor protección y abrió el camino a las oleadas de arena llevada por el viento.

Por fin perdimos de vista Plum Island y divisamos la inmensa extensión del Atlántico a nuestra izquierda. Nuestra estrecha ruta empezó a subir una cuesta muy empinada y experimenté una rara sensación de inquietud al ver la solitaria cumbre que se elevaba ante nosotros, donde la calzada, llena de baches, se unía con el cielo. Era como si el autobús fuera a proseguir su ascensión, abandonando del todo la tierra firme y fundiéndose con los ignotos arcanos de la atmósfera superior y el enigmático cielo. El olor del mar

adquirió ominosas implicaciones, y la rígida espalda encorvada y la estrecha cabeza del callado conductor me resultaban cada vez más odiosas. Al mirarle vi que la nuca estaba casi tan desprovista de pelo como la cara, sólo tenía unos cuantos mechones amarillos dispersos en la áspera piel gris.

Entonces llegamos a la cumbre y contemplamos toda la extensión del valle, donde el Manuxet desemboca en el mar, justo al norte de una larga alineación de acantilados que culmina en Kingsport Head y se desvía después hacia Cape Ann. En el lejano horizonte brumoso pude vislumbrar el descomunal perfil del promontorio, coronado por aquella extraña y antigua casa de la que tantas leyendas se cuentan; pero por el momento, toda mi atención la acaparó el panorama inmediato que tenía justo a mis pies. Me di cuenta de que me encontraba cara a cara ante el tenebroso Innsmouth, según se rumoreaba.

Era un pueblo muy extenso, repleto de casas, pero con una azarosa escasez de signos de vida. Apenas si salía una voluta de humo de la maraña de chimeneas, y tres elevados campanarios se perfilaban austeros y sin pintar contra el horizonte del mar. Uno de ellos se había derrumbado en la parte alta, y en ese mismo y en otro sólo había grandes agujeros negros donde deberían estar las esferas de sus relojes. El considerable grupo de tejados con cubiertas a la holandesa y afilados gabletes sugerían con insultante claridad un paisaje de deterioro carcomido y, a medida que nos acercábamos por la carretera, que ahora descendía, vi que muchos tejados estaban completamente hundidos. Había también algunas casas grandes y cuadradas de estilo georgiano, con tejados a cuatro aguas, cúpulas y plataformas de observación. Estas se hallaban en su mayoría lejos del agua, y una o dos parecían conservarse en un estado razonablemente bueno. Extendiéndose hacia el interior vi la oxidada línea del ferrocarril abandonado, invadida de hierba, con los postes del telégrafo inclinados y desprovistos ya de cables, y los rastros casi borrados de los antiguos caminos de carro que iban a Rowley y a Ipswich.

El deterioro era más acusado cerca de los muelles, aunque en su mismo centro pude divisar el blanco campanario de un edificio de ladrillo muy bien conservado, que parecía una pequeña fábrica. El puerto, cubierto de arena desde hacía mucho tiempo, estaba rodeado por un antiguo rompeolas de piedra, sobre el cual empecé a distinguir las diminutas figuras de unos cuan-

tos pescadores sentados, y en cuyo extremo había lo que parecía los cimientos de un faro del pasado. En el interior de esa barrera se había formado una lengua de arena, y encima de ella vi unas cuantas chozas decrepitas, botes amarrados y nasas diseminadas. El único braceaje profundo parecía estar donde el río, una vez pasado el edificio del campanario, salía a borbollones y torcía hacia el sur para incorporarse al océano al final del rompeolas.

Por todas partes, desde la costa hasta la otra punta, sobresalían las ruinas de muelles más o menos podridos, siendo los más deteriorados los que se encontraban más al sur. Y allá lejos en el mar, a pesar de la marea alta, vislumbé una línea larga y negra que apenas afloraba del agua y que, sin embargo, producía una extraña impresión de maldad latente. Aquello, me di cuenta, tenía que ser el Arrecife del Diablo. Mientras lo contemplaba, tuve la sutil y curiosa impresión de que me estaban haciendo señas, lo que pareció añadirse a la desagradable repugnancia que ya sentía; y, por extraño que parezca, encontré más inquietante esa connotación que la primera impresión.

No nos cruzamos con nadie por la carretera, pero empezamos a pasar por delante de varias granjas desiertas en diversos estados de ruina. Luego me fijé en unas cuantas casas deshabitadas, con las ventanas rotas rellenas de trapos y conchas y pescado estropeado en los corrales llenos de basura. Una o dos veces vi gente de aspecto apático que trabajaba con aire ausente en jardines yermos o cogía almejas en la playa, en medio de un penetrante olor a pescado, y grupos de niños sucios y con cara de simio jugando en los pedregales de entrada a su casa invadidos por la hierba. Por alguna razón aquella gente parecía más inquietante que los deprimentes edificios, pues casi todos tenían los mismos rasgos faciales y hacían los mismos gestos, que instintivamente me desagradaron, sin que fuera capaz de definirlos o comprenderlos. Por un momento me pareció que aquella constitución tan característica la había visto en algún cuadro, tal vez en un libro, en circunstancias especialmente horribles o melancólicas; pero ese falso recuerdo fue muy fugaz.

Cuando el autobús llegó a un nivel más bajo empecé a captar el sonido uniforme de una cascada en medio de aquel silencio antinatural. Cada vez había más casas, inclinadas y sin pintar, alineadas a ambos lados de la carretera, y mostraban tendencias más urbanas que las que dejamos atrás. El panorama que teníamos delante se había convertido en una escena callejera,





y en algunos sitios vi los restos de un pavimento de adoquines y tramos de acera de ladrillo que antiguamente habían existido. Todas las casas estaban aparentemente desiertas, y había algún que otro boquete donde ruinosas chimeneas y muros de sótano ponían de manifiesto que los edificios se habían derrumbado. Todo estaba impregnado del más nauseabundo olor a pescado que uno se pueda imaginar.

Pronto empezaron a aparecer calles transversales y cruces; las de la izquierda conducían a los mugrientos y deteriorados terrenos costeros, sin pavimentar, mientras que las de la derecha mostraban vistas de pasada grandeza. De momento no había visto a nadie en la ciudad, pero inmediatamente surgieron unos pocos signos de habitabilidad: alguna que otra ventana con cortinas, algún automóvil abollado junto al bordillo. El pavimento y las aceras se iban precisando cada vez más y, aunque casi todas las casas eran bastante viejas —construcciones de madera y ladrillo de principios del siglo XIX—, resultaba evidente que todavía eran habitables. Debido a mi afición por las antigüedades, casi olvidé mi repugnancia olfativa y la sensación de amenaza y repulsión que me inspiraba aquella excelente e inmutable supervivencia del pasado.

Pero no iba a llegar a mi destino sin recibir una impresión muy fuerte de carácter bastante desagradable. El autobús había llegado a una especie de explanada abierta o punto radial con iglesias a ambos lados y los restos manchados de barro de un círculo de césped en el centro, y yo miraba un zaguán con columnas que había enfrente, a la derecha del cruce. La fachada, pintada de blanco en tiempos atrás, estaba ya gris y desconchada, y el letrero negro y dorado del frontis estaba tan borroso que tuve mucha dificultad para descifrar las palabras: «Orden Esotérica de Dagón». Se trataba, pues, de la antigua logia masónica, consagrada ahora a un culto degradado. Mientras me esforzaba por descifrar aquella inscripción, los estridentes tañidos de una campana cascada al otro lado de la calle distrajeron mi atención y rápidamente me volví y miré por la ventanilla de mi lado del autocar.

El sonido procedía de una iglesia de piedra con un campanario achaparrado, construida manifiestamente en fecha posterior a la mayoría de las casas, en un tosco estilo gótico, que tenía un sótano desproporcionadamente alto con las contraventanas cerradas. Aunque desde mi posición no

podía ver las manecillas del reloj del campanario, comprendí que aquellas roncas campanadas estaban dando las once. Entonces, de repente, todas mis reflexiones acerca de la hora se borraron ante la impetuosa irrupción de una imagen muy nítida e inexplicablemente horrorosa, que se apoderó de mí antes de que pudiera darme cuenta de lo que era realmente. La puerta del sótano de la iglesia estaba abierta, dejando al descubierto un rectángulo de oscuridad. Y cuando miré, algo cruzó o pareció cruzar aquel rectángulo oscuro, dejando grabada en mi cerebro una impresión pasajera de pesadilla que era todavía más exasperante porque a fin de cuentas no mostraba ni una sola de las características propias de la pesadilla.

Era un ser vivo —el primer ser vivo, además del conductor, que había visto desde que entré en el casco urbano— y, de haber estado yo menos inquieto, no habría encontrado nada aterrador en él. Obviamente, como me di cuenta un momento después, era el pastor, que vestía una extraña indumentaria, sin duda adoptada a partir de que la Orden de Dagón hubiese modificado el ritual de las iglesias locales. Es probable que lo primero que atrajo mi mirada subconscientemente y me proporcionó aquel extraño acceso de horror fuese la alta tiara que llevaba, un duplicado casi exacto de la que miss Tilton me había mostrado la tarde anterior. Esa coincidencia fue lo que disparó mi imaginación y me hizo ver indescriptibles características siniestras en aquel rostro indefinido y en aquella desgarrada figura con traje talar. En seguida decidí que no había ninguna razón para sentir aquel estremecimiento que parecía evocar algo nefasto. ¿No era natural que un misterioso culto local adoptase como uniforme un tipo único de tocado que resultara familiar a la comunidad de alguna extraña manera... como formar parte, por ejemplo, de un tesoro encontrado?

Un escaso número de jóvenes de aspecto repelente se veían ahora por las aceras, individuos aislados o silenciosos grupos de dos o tres. Las plantas bajas de las casas derrumbadas albergaban a veces pequeñas tiendas de sucios letreros y, mientras proseguíamos la traqueteante marcha, me fijé en uno o dos camiones aparcados. El ruido de agua cayendo se fue haciendo cada vez más nítido, y en seguida vi la profunda garganta del río, por encima de la cual pasaba un puente ancho con pretil de hierro que desembocaba en una gran plaza. Al atravesar el puente con gran estruendo, miré a ambos

lados y observé algunas fábricas en el borde cubierto de maleza del risco, así como en la bajada. Allá lejos, por debajo del puente, el agua era muy abundante y vi río arriba, a mi derecha, dos poderosos saltos de agua, y otro por lo menos río abajo, a la izquierda. Desde aquel lugar el ruido era verdaderamente ensordecedor. Luego entramos en la gran plaza semicircular que había al otro lado del río, y nos detuvimos a mano derecha, delante de un edificio alto, coronado por una cúpula, con restos de pintura amarilla y un letrero medio borrado que proclamaba que se trataba de la Gilman House.

Me alegré de salir de aquel autobús, e inmediatamente procedí a depositar mi maleta en el vestíbulo del desvencijado hotel. Sólo había una persona a la vista —un hombre de edad, que no tenía lo que yo había dado en llamar «pinta de Innsmouth»— y, recordando las cosas raras que se habían visto en aquel hotel, decidí no hacerle ninguna pregunta acerca de lo que me preocupaba. En vez de eso salí a dar un paseo por la plaza, en la que el autobús ya se había ido, y examiné el lugar con todo detalle.

A uno de los lados de aquella explanada adoquinada se extendía el río en línea recta; en el lado contrario había un semicírculo de edificios de ladrillo con tejados inclinados de alrededor de 1800, del que salían varias calles en dirección al sudeste, al sur y al sudoeste. Resultaba deprimente que hubiera tan pocas farolas y tan pequeñas —todas ellas incandescentes y de baja potencia— y, a pesar de que sabía que habría luna, me alegré de que mis planes me obligaran a marcharme antes del anoecer. Todos los edificios estaban en buen estado y posiblemente incluían una docena de tiendas en pleno funcionamiento: una abacería de la cadena First National, un sombrío restaurante, una tienda de comestibles, periódicos y medicamentos, la oficina de un vendedor de pescado al por mayor y, en el extremo oriental de la plaza, no lejos del río, las oficinas de la única industria de la ciudad, la Marsh Refining Company. No se veían más de diez personas, y cuatro o cinco automóviles y camiones diseminados aquí y allá. No hizo falta que nadie me dijera que se trataba de los edificios municipales de Innsmouth. Hacia el este se podían vislumbrar retazos azules del puerto, al lado del cual se alzaban las ruinas de tres antiguos campanarios de época georgiana, muy bellos en su día. Y hacia la costa, en la ribera opuesta del río, vi la torre blanca que coronaba lo que supuse debía ser la refinería Marsh.



Por una u otra razón, decidí hacer mis primeras averiguaciones en la abacería sucursal de la cadena, cuyo personal no era probable que fuera de Innsmouth. Comprobé que el encargado era un muchacho de unos diecisiete años y me pareció observar en él una viveza y afabilidad que prometían abundante información. Parecía estar extraordinariamente deseoso de hablar, y pronto deduje que no le gustaba el lugar, ni su olor a pescado, ni sus furtivos habitantes. Era un alivio para él poder hablar con cualquier forastero. Era de Arkham, se hospedaba en casa de una familia procedente de Ipswich y regresaba a su casa siempre que tenía un rato libre. A su familia no le gustaba que trabajase en Innsmouth, pero la cadena de tiendas lo había trasladado allí y él no quiso renunciar a su empleo.

Dijo que en Innsmouth no había biblioteca pública ni cámara de comercio, pero que probablemente sabría orientarme. La calle por donde yo había bajado era Federal Street. Al oeste de ella estaban las elegantes calles del antiguo barrio residencial —Broad, Washington, Lafayette y Adams— y al este los suburbios costeros. En esos barrios bajos —a lo largo de Main Street— encontraría las viejas iglesias de estilo georgiano, pero todas ellas estaban completamente abandonadas desde hacía tiempo. Sería conveniente no llamar demasiado la atención en dichos barrios —especialmente al norte del río—, ya que el vecindario era gente huraña y hostil. Algunos forasteros incluso habían desaparecido.

Ciertos lugares eran prácticamente territorio prohibido, según había aprendido a un alto precio. No era aconsejable, por ejemplo, demorarse en los alrededores de la refinería Marsh, ni por las proximidades de cualquiera de las iglesias todavía en uso, ni en torno del edificio con columnas de la Orden de Dagón en New Church Green. Esas iglesias eran muy extrañas, todas ellas habían sido radicalmente desautorizadas por sus respectivas confesiones de otros sitios y, según parece, practicaban las más extrañas ceremonias y utilizaban las más raras vestiduras clericales. Sus credos eran heterodoxos y misteriosos, e implicaban alusiones a ciertas metamorfosis maravillosas, como consecuencia de las cuales se obtenía la inmortalidad corporal —o algo por el estilo— en este mundo. El propio pastor del muchacho —el doctor Wallace de la Asbury M. E. Church de Arkham— le había exhortado seriamente a que no frecuentara ninguna iglesia de Innsmouth.

En cuanto a los habitantes de Innsmouth, el joven apenas sabía qué pensar de ellos. Eran tan solapados y difíciles de ver como los animales que viven en madrigueras, y resultaba muy difícil imaginarse en qué empleaban su tiempo, aparte de su esporádica pesca. A juzgar por las cantidades de licor clandestino que consumían, se debían de pasar la mayor parte del día sumidos en un sopor etílico. Parecían tercamente unidos por una especie de camaradería y comprensión, despreciando al resto del mundo como si hubieran accedido a otras esferas de existencia más privilegiadas. Su aspecto –sobre todo aquellos ojos desorbitados que no parpadeaban y que nunca se veían cerrados– era sin duda alguna bastante aterrador; y sus voces eran desagradables. Era espantoso oírles cantar en sus iglesias por la noche, y en especial durante sus principales fiestas o asambleas evangelistas, celebradas dos veces al año, el 30 de abril y el 31 de octubre.

Les gustaba mucho el agua, y nadaban mucho en el río y en el puerto. Las carreras de natación hasta el lejano Arrecife del Diablo eran muy frecuentes y, viéndolos, todos parecían capaces de participar en ese arduo deporte. Ahora que lo pienso, generalmente no se veía en público más que personas bastante jóvenes y, entre estos, los mayores solían ser los que tenían aspecto más corrompido. Cuando se daban excepciones, en su mayor parte eran personas sin ningún indicio de anormalidad, como el viejo recepcionista del hotel. Uno se preguntaba qué ocurría con la mayoría de los viejos, y si la «pinta de Innsmouth» no sería un extraño e insidioso fenómeno patológico cuya influencia aumentaba según pasaban los años.

Naturalmente, sólo una enfermedad muy rara podía provocar cambios anatómicos tan considerables y radicales en un individuo después de haber alcanzado la madurez –cambios que implicaban factores óseos tan básicos como la forma del cráneo–, pero incluso entonces dicho aspecto no era más desconcertante e inaudito que las propias características visibles de la enfermedad en su totalidad. Sería muy difícil, dio a entender el muchacho, sacar alguna conclusión efectiva sobre el asunto, ya que nunca se llegaba a conocer personalmente a los naturales del lugar, por más que uno viviera en Innsmouth.

El joven estaba seguro de que en determinados lugares muchos individuos peores incluso que los peores que se veían por la calle permanecían

encerrados en sus casas. La gente oía ruidos la mar de raros. Según decían, los ruinosos cobertizos de los muelles que había al norte del río se comunicaban entre sí mediante túneles secretos, formando así una verdadera madriguera de monstruosidades ocultas. Era imposible saber qué clase de sangre extranjera tenían esos seres, si es que la tenían. A veces mantenían ocultos a los tipos más expresamente repulsivos cuando venían a la ciudad representantes del Gobierno u otros forasteros.

Sería inútil, dijo mi informante, preguntarles nada sobre el lugar. El único que solía hablar era un hombre de avanzada edad pero de aspecto normal que vivía en el asilo para pobres que se encontraba en el extremo norte de la ciudad, el cual pasaba el tiempo paseando o vagando por los alrededores del parque de bomberos. Este venerable personaje, Zadok Allen, tenía noventa y seis años y estaba algo tocado de la cabeza, además de ser el borracho del pueblo. Era un tipo extraño y solapado que miraba continuamente por encima del hombro como si temiese algo y, cuando estaba sobrio, no había forma de que hablase con desconocidos. Sin embargo, era incapaz de rechazar cualquier invitación a su veneno favorito y, una vez borracho, proporcionaba los más asombrosos fragmentos de recuerdos dichos en voz baja.

Sin embargo, a pesar de todo, pocos datos útiles podían conseguirse de él, ya que sólo contaba historias descabelladas, insinuaciones incompletas de prodigios y horrores imposibles que no podían proceder más que de su propia imaginación trastornada. Nadie le creía, pero a los de Innsmouth no les gustaba que bebiese y hablase con desconocidos; y no siempre era prudente que le vieran a uno haciéndole preguntas. Probablemente, algunos de los más descabellados rumores e ideas delirantes que corrían por ahí procedían de él.

Varios residentes de Innsmouth nacidos en otros lugares habían declarado haber visto monstruosas apariciones de vez en cuando, pero entre los relatos del viejo Zadok y las malformaciones de los habitantes no era de extrañar que tales delirios fueran habituales. Ningún forastero salía a la calle de noche, pues estaba muy extendida la impresión de que no era sensato hacerlo. Además, las calles estaban fastidiosamente oscuras.

Por lo que se refiere al comercio, la abundancia de pescado era sin duda alguna casi increíble, pero los naturales de Innsmouth cada vez obtenían

menos provecho de ella. Es más, los precios estaban bajando y la competencia aumentaba. Desde luego, el verdadero negocio de la ciudad era la refinería, cuyas oficinas estaban en la plaza, sólo unos portales al este de donde nos encontrábamos. El viejo Marsh nunca se dejaba ver, pero a veces iba a la fábrica en un automóvil con las cortinillas echadas.

Corrían toda clase de rumores sobre la pinta que estaba adquiriendo el viejo Marsh. En sus tiempos había sido todo un dandi, y la gente decía que todavía llevaba una elegante levita de la época eduardiana, que curiosamente se la tuvieron que adaptar a determinadas deformidades suyas. Sus hijos habían dirigido antes la oficina de la plaza, pero últimamente apenas se les veía y habían dejado la mayor parte del negocio a la generación más joven. Tanto ellos como sus hermanas habían adquirido una apariencia muy extraña, especialmente los mayores; y se decía que su salud se había debilitado.

Una de las hijas de Marsh tenía un repugnante aspecto de reptil y llevaba una excesiva cantidad de joyas raras, obviamente de la misma tradición exótica a la que pertenecía la extraña tiara. Mi informante la había visto muchas veces, y había oído decir que procedía de algún tesoro escondido por los piratas o los demonios. Los clérigos —o sacerdotes, o como les llamen hoy en día— usaban también ese tipo de ornamento a modo de tocado; pero rara vez se vislumbraban. El joven no había visto otras, aunque se rumoreaba que existían muchas en los alrededores de Innsmouth.

Los Marsh, al igual que las otras tres familias de alta alcurnia —los Waite, los Gilman y los Eliot—, eran muy retraídos. Vivían en casas inmensas, a lo largo de Washington Street, y se decía que varios de ellos escondían a ciertos parientes cuyo aspecto personal impedía su aparición en público y de cuyo fallecimiento habían dado parte y había sido registrado.

Después de advertirme de que los rótulos de muchas calles se habían caído, el joven me dibujó un plano rudimentario pero minucioso de las más destacadas características de la ciudad. Después de examinarlo un momento, estuve seguro de que me sería de gran ayuda y me lo guardé en el bolsillo, dándole las gracias efusivamente. Como no me gustaba la sordidez del único restaurante que había visto, compré un buen surtido de galletas de queso y barquillos de jengibre que más adelante me servirían de almuerzo. El plan que me había trazado consistía en recorrer las calles principales,

hablar con cualquier forastero que pudiese encontrar, y coger el autocar de las ocho para Arkham. Comprendí que la ciudad constituía un significativo y exagerado ejemplo de decadencia colectiva; pero como no soy sociólogo tendría que limitar mis observaciones al campo de la arquitectura.

Así que empecé mi recorrido sistemático aunque medio desconcertado por las estrechas y ensombrecidas calles de Innsmouth. Crucé el puente, me desvié hacia el estruendo de los saltos de agua que había río abajo y pasé junto a la refinería de los Marsh, de la que curiosamente no parecía salir ningún ruido de actividad. El edificio se alzaba sobre el escarpado risco del río, cerca de un puente y de una confluencia de calles que parecía ser el primitivo centro comercial de la ciudad, desplazado después de la Revolución a la actual Town Square.

Volví a cruzar el desfiladero por el puente de Main Street, y di con un paraje completamente abandonado que no sé por qué me hizo estremecer. Los montones de derrumbados tejados de cubierta a la holandesa formaban una fantástica silueta dentada, por encima de la cual se elevaba la macabra aguja decapitada de una antigua iglesia. Algunas casas a lo largo de Main Street estaban habitadas, pero la mayor parte de ellas tenían sus puertas y ventanas rigurosamente tapiadas con tablas clavadas. Más abajo, en calles laterales sin pavimentar vi negras ventanas agujereadas de casuchas desiertas, muchas de las cuales se inclinaban formando peligrosos e increíbles ángulos a causa del hundimiento de parte de los cimientos. Esas ventanas saltaban a la vista de forma tan espectral que había que armarse de valor para dirigirse al este en dirección al puerto. Indudablemente, el terror que produce una casa desierta aumenta en progresión geométrica más que aritmética a medida que las casas se multiplican hasta formar una población de absoluta desolación. La visión de aquellas interminables avenidas malolientes de vaciedad y muerte, y el solo pensamiento de aquella infinidad de negros y siniestros compartimientos conectados entre sí, abandonados a las telarañas y al gusano vencedor, provoca rudimentarios temores y aversiones que ni siquiera la filosofía más sólida puede disipar.

Fish Street estaba tan desierta como Main Street, aunque se diferenciaba de esta en que tenía muchos almacenes de piedra y ladrillo todavía en excelente estado de conservación. Water Street era casi idéntica, salvo que tenía

grandes espacios hacia el mar, donde habían estado los muelles. No vi a ningún ser vivo, a excepción de los dispersos pescadores que se hallaban en el lejano rompeolas, y no oí sonido alguno salvo el chapoteo de la marea en el puerto, y el estruendo de las cascadas en el Manuxet. La ciudad me crispaba los nervios cada vez más, y miré hacia atrás sigilosamente mientras buscaba la forma de regresar por el inseguro puente de Water Street. El puente de Fish Street, según el plano, estaba en ruinas.

Al norte de la ciudad había indicios de vida escuálida —activas casas que envasaban pescado, chimeneas humeantes, tejados remendados aquí y allá, algún que otro ruido de origen indeterminado y raras figuras que arrastraban los pies por las sombrías calles y los callejones sin pavimentar—, pero encontré eso todavía más agobiante que el abandono del sur. En primer lugar, la gente era más repelente y anormal que la del centro de la ciudad; de modo que varias veces me recordaron, malvadamente, algo totalmente fantástico que no pude reconocer exactamente. Sin duda, la herencia extranjera era mayor en la gente de Innsmouth que en la de los pueblos más lejanos tierra adentro, a menos que la «pinta de Innsmouth» fuese realmente una enfermedad más que una cepa de sangre, en cuyo caso esta región debía de albergar los casos más avanzados.

Un detalle que me incomodó fue la *distribución* de los escasos y débiles sonidos que escuché. Lógicamente todos tenían que haber venido de las casas manifiestamente habitadas, pero en realidad muchas veces sonaban más fuertes en el interior de las fachadas atrancadas con mayor firmeza. Se trataba de crujidos, carreras apresuradas y ambiguos ruidos roncós; y pensé alarmado en los túneles ocultos que había mencionado el muchacho de la abacería. De repente me sorprendí a mí mismo preguntándome cómo serían las voces de esos moradores. Hasta entonces no había oído hablar a nadie en aquel barrio, e incomprensiblemente deseaba no tener que hacerlo nunca.

Después de detenerme sólo lo suficiente para contemplar las dos hermosas, aunque ya en ruinas, iglesias antiguas de Main Street y de Church Street, salí a toda prisa de aquel miserable suburbio portuario. Mi próximo objetivo debería haber sido lógicamente New Church Green, pero por una u otra razón no pude pasar otra vez por delante de aquella iglesia, en cuyo sótano había vislumbrado la silueta inexplicablemente aterradora de aquel

sacerdote o pastor con tan extraña diadema. Además, el muchacho de la abacería me había dicho que las iglesias, lo mismo que la sede de la Orden de Dagón, no eran lugares aconsejables para forasteros.

Por consiguiente, seguí hacia el norte por Main Street hasta Martin Street, luego di la vuelta hacia tierra adentro, crucé Federal Street sin problemas al norte de Green, y me adentré en el deteriorado barrio aristocrático de Broad Street, Washington Street, Lafayette Street y Adams Street. Aunque estas majestuosas y antiguas avenidas estaban mal pavimentadas y descuidadas, no habían perdido del todo su primitiva dignidad a la sombra de sus olmos. Una mansión tras otra atrajeron mis miradas, la mayoría de ellas decrepitas y tapiadas con tablas entre jardines descuidados, pero en cada calle una o dos mostraban indicios de estar ocupadas. En Washington Street había una fila de cuatro o cinco en excelente estado con césped y jardines muy cuidados. La más suntuosa de todas –con grandes parterres que se extendían a todo lo largo de la calle hasta Lafayette Street– supuse que era la casa del viejo Marsh, el afligido dueño de la refinería.

En todas esas calles no se veía ningún ser vivo, y me extrañó la completa ausencia de gatos y perros en Innsmouth. Otra cosa que me desconcertó y me preocupó fue que, incluso en las mansiones mejor conservadas, muchas ventanas del tercer piso y del desván tenían los postigos cerrados a cal y canto. El sigilo y la reserva parecían generales en esa silenciosa ciudad de enajenación y muerte, y no pude evitar la sensación de estar siendo observado desde todas partes por unos taimados ojos fijos que nunca se cerraban.

Me estremecí al escuchar las tres campanadas desafinadas de un campanario que había a mi izquierda. Demasiado bien recordaba la iglesia achaparrada de donde procedían aquellos tañidos. Siguiendo por Washington Street hacia el río, fui a dar a una nueva zona de antiguas industrias y comercios; observé más adelante las ruinas de una fábrica y vi otras, con vestigios de una antigua estación del ferrocarril y un puente ferroviario cubierto más allá, en lo alto del barranco, a la derecha de donde yo me encontraba.

En el inestable puente que tenía ante mí había un poste con una señal de prohibido el paso, pero me arriesgué y volví a cruzar a la orilla sur, donde volvieron a aparecer indicios de vida. Sigilosas criaturas que andaban arrastrando los pies miraron enigmáticamente en mi dirección, y rostros más



normales me observaron con frialdad y curiosidad. Innsmouth se me estaba haciendo intolerable por momentos y torcí por Paine Street para dirigirme al Square con la esperanza de coger algún vehículo que me llevara a Arkham antes de la hora de salida, todavía lejana, de aquel siniestro autobús.

Fue entonces cuando vi el ruinoso parque de bomberos a mi izquierda y me fijé en el anciano con la cara colorada, tupida barba, ojos llorosos, cubierto con unos harapos indescritibles, que estaba sentado en un banco delante de la plaza y hablaba con un par de bomberos desaliñados, aunque de aspecto normal. Tenía que ser, por supuesto, Zadok Allen, el nonagenario medio loco y borracho cuyos relatos sobre Innsmouth eran tan espantosos e increíbles.

III

Debió haber sido algún diablillo de la perversidad —o algún impulso sardónico de oscuro y desconocido origen— lo que me hizo cambiar de planes. Había decidido limitar mis observaciones únicamente a la arquitectura, y aun así me dirigí apresuradamente hacia el Square con el fin de conseguir un rápido medio de transporte que me permitiera marcharme de aquella emponzoñada ciudad de muerte y ruinas; pero el hecho de ver al viejo Zadok Allen despertó en mi mente nuevas orientaciones y me hizo aflojar el paso.

Me habían asegurado que lo único que podía hacer el anciano era insinuar una serie de leyendas absurdas, inconexas e increíbles, y me habían advertido que era peligroso ser visto hablando con él; sin embargo, la idea de aquel testigo de edad avanzada de la decadencia de la ciudad, cargado de recuerdos que se remontaban a los tiempos más remotos en que zarpaban barcos y las fábricas funcionaban, era un aliciente al que por más que lo intentara no podía resistirme. Después de todo, las fábulas más extrañas e insensatas la mayoría de las veces no son más que símbolos y alegorías con un fondo de realidad... y el viejo Zadok debía haber visto todo lo que pasó en Innsmouth durante los últimos noventa años. La curiosidad me impulsó más allá del sentido común y la cautela, y en mi egotismo juvenil me

imaginaba que era capaz de entresacar los elementos indispensables para desentrañar la verdad que podía ocultar el confuso y extravagante desahogo verbal que probablemente le sacaría con ayuda de whisky peleón.

Comprendí que no podía abordarlo en aquel mismo momento, pues los bomberos se darían cuenta sin duda y se opondrían. En vez de eso, pensé, me las idearía para conseguir un poco de alcohol de contrabando en un sitio donde el chico de la abacería me había dicho que había en abundancia. Después me dejaría caer por el parque de bomberos como por casualidad, y saldría al paso del viejo Zadok en cuanto este iniciara una de sus frecuentes divagaciones. El joven me dijo que no podía estarse quieto, y que muy pocas veces se quedaba en el parque de bomberos más de una o dos horas seguidas.

Obtuve con facilidad, aunque no a bajo precio, una botella de whisky de un cuarto de galón [casi un litro] en la trastienda de un sórdido bazar que había a poca distancia del Square, en Eliot Street. El individuo con pinta de guarro que me atendió tenía una pizca de la llamativa «pinta de Innsmouth», aunque se mostró muy cortés a su modo, tal vez por estar acostumbrado a tratar con los sociables forasteros —camioneros, compradores de oro y otros por el estilo— que estaban de paso en la ciudad.

Al regresar al Square vi que estaba de suerte, pues, saliendo de Paine Street y doblando la esquina de la Gilman House, vislumbré nada menos que la alta, delgada y harapienta figura del anciano Zadok Allen en persona. Conforme a mi plan, atraje su atención blandiendo la botella que acababa de comprar; y no tardé en darme cuenta de que, cuando torcí por Waite Street en busca de una zona más solitaria, había empezado a seguirme arrastrándose melancólicamente.

Me orienté por el plano que me había preparado el chico de la abacería, y me dirigí al tramo completamente abandonado del muelle meridional que había visitado antes. Las únicas personas que había visto eran los pescadores en el lejano rompeolas; y yendo hacia el sur unas cuantas manzanas podía quedar fuera de su alcance, encontrar un par de asientos en algún muelle abandonado y tener la posibilidad de preguntar libremente al viejo Zadok por tiempo indefinido sin que nadie nos viera. Antes de llegar a Main Street, oí a mis espaldas un débil y jadeante «¡oiga, zeñó!», y acto seguido dejé que el anciano me alcanzase y le diera abundantes tragos a la botella de un cuarto de galón.

Empecé a sondearle mientras caminábamos hacia Water Street y giramos en dirección al sur, en medio de aquella desolación omnipresente y aquellas ruinas peligrosamente inclinadas, pero comprobé que el anciano no soltaba la lengua tan pronto como yo había esperado. Por fin vi en dirección al mar un claro cubierto de hierba, rodeado de unas tapias de ladrillo derrumbadas, más allá del cual sobresalía un muelle de tierra y mampostería lleno de malezas. Montones de rocas cubiertas de musgo cerca del agua ofrecían unos asientos aceptables y un almacén en ruinas que se alzaba al norte resguardaba el lugar de cualquier posible mirada. Me pareció que aquel era el sitio ideal para un largo coloquio confidencial; de modo que guié a mi compañero por la callejuela y elegimos un sitio adecuado para sentarnos entre las musgosas rocas. Aquel ambiente de muerte y de abandono era macabro, y el olor a pescado casi resultaba insufrible; pero estaba resuelto a que nada me desanimara.

Quedaban unas cuatro horas para hablar, si quería coger el autocar de las ocho para Arkham, y empecé a suministrar más alcohol al anciano borrachín, mientras yo tomaba mi frugal almuerzo. Tuve cuidado de no pasarme de la raya en mis dádivas, pues no deseaba que la locuacidad de borracho de Zadok se convirtiera en sopor etílico. Al cabo de una hora, su subrepticia taciturnidad empezó a dar muestras de desaparecer, pero con gran decepción por mi parte seguía soslayando mis preguntas sobre Innsmouth y su tenebroso pasado. Parloteaba sobre temas corrientes, poniendo de manifiesto un gran conocimiento de los periódicos y una gran tendencia a filosofar a la manera sentenciosa de los aldeanos.

Cuando ya llevábamos casi dos horas de conversación, tuve miedo de que mi cuarto de galón de whisky no bastara para dar resultado, y me pregunté si no sería mejor dejar al viejo Zadok y volver a por más. Sin embargo, justo entonces la casualidad me ofreció la oportunidad que mis preguntas habían sido incapaces de lograr, y las divagaciones del jadeante anciano tomaron un cariz que me hizo inclinarme hacia delante y escuchar atentamente. Yo estaba de espaldas al mar que olía a pescado, pero él estaba de cara y algo le hizo posar su mirada distraída en el lejano contorno bajo del Arrecife del Diablo, que en aquellos momentos aparecía con claridad y casi fascinante por encima de las olas. La visión pareció desagradarle, pues empezó a soltar

una serie de maldiciones en voz baja que terminaron en un susurro confidencial y una deliberada mirada de soslayo. Se inclinó hacia mí, me agarró por la solapa de la chaqueta y empezó a mascullar algunas insinuaciones de las que no podía dudarse.

—Ayí es onde tóo empesó... en haquel mardito lugar de mardad onde comienzan la saguas profundas. La puerta del infierno... No ai hescandallo que puea bajá completamente asta er fondo. Er capitán Obed lo iso... hél fue quien descubrió más de lo que le conbenía en la sislas de los Mares del Sur.

»Ha tóo er mundo le iva mal en haqueyos días. Er comersio disminuía, las fábricas perdían clientela... incluso las nuebas... y nuestros mejores ombres morieron a manos de los corzarios en la guerra de 1812, o se undieron con er vergantín *Elizy* y er paquebote *Ranger*, los dos vendíos por Gilman. Obed Marsh tenía una flota de tres varcos: er vergantín goleta *Columby*, er vergantín *Hetty*, y la corveta *Sumatry Queen*. Hél fue el húnico que siguió comersiendo con las Indias Orientales y her Pasífico, manque la goleta *Malay Pride*, de Esdras Martin, entavía iso una venta el año veintiocho.

»Nunca uvo naide como er capitán Obed... ¡mardito vástago de Satanás! ¡Je, je! Entavía me parese berlo hechando pestes y yamando hestúpidos a tóo er mundo por hasistir a reuniones cristianas y sobreymar sus hafisiones con mansedumbre y modestia. Desía que tenían qu'hescojer dioses mejores, como algunos de las Indias... dioses que nos proporsionarían pescao a canvio de sus sacrificios, y que verdaderamente hatenderían las plegarias de la gente.

»Matt Eliot, su primer ofisial, tanvién avlava mucho, sólo que estava en contra de que la gente hisiera cosas de paganos. Avlava d'una hizla al este de Otaheité, donde avía una gran cantidad de ruinas de piedra, má santiguas de lo que naide a vizto nunca, como las de Ponape, en las Carolinas, pero con unos rostros esculpíos como las grandes hestatuas de la hizla de Pascua. Ayí serca avía tanvién un hizlote bolcánico, onde avía otras ruinas con distintas hesculturas... ruinas completamente desgastás, como si hantes uvieran estao bajo er mar, cubiertas de pinturas de orribles monstruos.

»Berá ustedé, zeñó, Matt desía que los natibos de por ayí tenían tóo er pescao que querían, y lusían pulseras y vrasaletes, y coronas echas con un hestraño tipo de horo y cubiertas de pinturas de monstruos como los hesculpíos en las

ruinas del hizlote... una hespesie de peces con haspecto de ranas o ranas con haspecto de peces que estaban dibujaos en toas las posturas como si fueran seres umanos. Naide podía sacarles ónde conseguían haquellos tesoros, y los demás natibos se preguntavan cómo se las harreglavan páncontrar pescao en havundansia, cuando en las hizlas besinas hescaseava la pesca. Matt tanvién hemesava ha preguntárselo, lo mesmo qu'er capitán Obed. Hademás, Obed oserbó que muchos hapuestos jóvenes desaparecían por las vuenas cada año, y que hapenas se beían biejos. Tanvién le parese que halgunos tipos tenían un haspecto muy hestraño, haun para ser canaquis.

»Le costó ha Obed sacarle la berdá ha esos paganos. No sé cómo lo hiso, pero hemesó comprádoles las cosas de horo que yebavan. Les preguntó de onde prosedían y si podían conseguir más, y finalmente le sonsacaron toa la berdad al biejo jefe... Walakea le yamaban. Naide más que Obed avría creío lo que le contó haquel biejo der demonio, pero er capitán leía en las personas como si fueran livros. ¡Je, je! Tampoco a mí me cree naide cuando lo cuento, y creo que usté tampoco... aunque, ahora que me fijo, usté tié la mesma mirada penetrante que tenía Obed.

Los susurros del anciano se hicieron más débiles, y me di cuenta de que me estremecí ante el terrible y sincero mal agüero de su entonación, aun cuando sabía que su relato no podía ser más que una fantasía de borracho.

—Berá usté, zeñó, Obed s'enteró de que ai cosas en este mundo de las que la malloría de la gente nunca holló avlá... ni las creerían si las holleran. Parese que estos canaquis sacrificavan montones de muchachos y donsellas a una hespesie de dioses que bibían vajo er mar, y a canvio resivían toa clase de fabores. Hencontraron a esos seres en el hizlote con hestrañas ruinas, y parese que las orrivles pinturas de monstruosos peses-ranas representavan a esos seres. Quisás fue hasí como hemesaron los cuentos sobre sirenas. Tenían toa clase de ciudades en er fondo del mar, y esa hizla avía salío de hayí. Parese que, cuando el hizlote salío de repente ha la superfisie, entavía bibían halgunos de esos seres en los hedifisios de piedra. Hasí fue como s'enteraron los canaquis de que estaban hayí devajo. En cuanto s'atrebieron, avlaron con ellos por señas, y muy pronto yegaron a un hacuerdo.

»A esos seres les gustaban los sacrificios umanos. Los avían tenío asía mucho, pero perdieron el contacto con er mundo de harriva al cavo de un



tiempo. No me toca a mí desir lo que asían con las bítimas, y me figuro que Obed no s'atrebió a preguntarlo. Pero los paganos hestavan de hacuerdo, porque abían pasao malos tiempos y se desesperavan por tóo. Entregavan con regularidad sierto número de jóbenes a esas criaturas marinas dos beses al haño: la bíspera del Primero de Mayo y la del Día de Tóos los Santos. Tanvién les davan halgunas de las vujerías tayadas que asían. Las criaturas hacordaron darles ha canvio havundante pescao... y unos cuantos hojetos de oro de bes en cuando.

»En fin, como digo, los natibos se reunían con esos seres en el hizlote bolcánico... hivan en canoas con las bítimas y demás, y cuando regresaban traían halgunas jollas de oro. Al prinsipio, los seres haquellos no hivan a la hizla prinsipal, pero hal cabo de un tiempo yegaron a querer hir. Paresce c'añoravan mesclarse con la gente y festejar con ellos sus días señalaos, la víspera del Primero de mayo y la del Día de Tóos los Santos. Como be, podían bibir tanto dentro como fuera del agua... creo que los llaman hanfibios. Los canaquis les dijeron que los avitantes de otras hizlas podrían querer destruirlos si s'enteravan de que estaban allí, pero ellos dijeron que no les himportava demasio, porque ellos podían destruir a toda la prole umana si les molestava... es desir, a todos los que no tubieran siertos signos como los que husavan hantes los desapareos Antiguos, quienquiera que fuesen. Pero como no querían dar la lata, se quedarían vajo er mar cuando harguien bisitara la hisla.

»Cuando tubieron que c'aparearse con los peses con pinta de sapo, los canaquis se negaron en sierta manera, pero finalmente s'enteraron de hargo que le dava otro caris al asunto. Al pareser, esos umanos tienen sierto parentesco con tales vestias marinas... pues toas las formas de bida han salío del agua y sólo nesesitan un pequeño canvio para bolber a eya otra bes. Las criaturas haqueyas dijeron a los canaquis que si mesclavan sus sangres, naserían niños de hapariensia umana al prinsipio, pero que después s'irían pareciendo cada bes más a ellas, hasta que finalmente ellas regresarían al agua para reunirse con los montones de seres que biben hayá avajo. Y ahora viene lo más himportante, jovensito: cuando se combertieran en peces-sapos como ellos y regresaran al agua, *ya no morirían*. Esas criaturas nunca mueren, salbo que las maten de forma biolenta.



»Pues vien, zeñó, parese ser que cuando Obed conosió a los hizleños, ya les corría por las benas mucha sangre de pes, prosedente de las criaturas de las aguas profundas. Cuando se asían biejos y empesava a notárseles, s'escondían asta que les hapetesía bolber al mar y havandonavan la hizla. Algunos tenían más sangre de vestia que otros, y algunos no llegavan a cambiar lo sufisiente para bolber al agua; pero en su malloría se comber-tían exactamente en lo que haqueyas criaturas desían. Los que nasían más paresidos a ellas canviavan antes, pero los que eran casi umanos a beses se quedavan en la hizla hasta pasaos los setenta años, aunque normalmente vajavan antes hal fondo para aser viajes de prueba. Y los que s'avían ido al agua, generalmente bolbían mucho de bisita, así que solían avlar a menudo con er tataravuelo de su tataravuelo, que abía havandonao la tierra firme sien o dosientos años antes.

»Todos perdieron la costumbre de morir –salbo en guerras de canoas con otros isleños, o en sacrificisio a los dioses marinos, o por una mordedura de serpiente, o de peste o por una enfermedad galopante o hargo paresido antes de poder regresar al agua–, simplemente esperavan un canvio que no les paresía tan horrible al cavo de un tiempo. Pensavan que lo que hotendrían les compensaría por tóo a lo que renunsiavan... y supongo que Obed pensaría lo mesmo cuando meditó un poco sobre la iztoria que le avía contaó er viejo Walakea. Aunque Walakea hera uno de los pocos que no tenía sangre de pes... era de una heztirpe real que sólo se casava con las heztirpes reales de otras hizlas.

»Walakea enseñó a Obed una gran cantidad de ritos y conjuros que tenían que ber con aqueyas criaturas marinas, y le mostró a algunos de los avitantes de la siudá c'avían canviao vastante su aspecto umano. Pero, por una u otra rasón, nunca le permitió ber a ninguna de las criaturas que salieron directamente del agua. Por último, le dio una rara espesie de cacharro de plomo o argo paresío, que, le dijo, aría salir a las criaturas con forma de pes de cualquier lugar del agua donde tubieran su madriguera. La cosa consistía en dejarlo caer al agua y resitar las plegarias hadecuadaas, etsétera. Walakea le reconosió que las criaturas estaban diseminadas por tóo er mundo, así que cualquiera podía encontrar una madriguera y aserlas salir si querían.

»A Matt no le gustó naá el asunto y quería que Obed s'alejara de la isla; pero er capitán era más listo qu'el ambre, y descubrió que podía conseguir

aqueyos hojetos de oro tan varatos que le sería rentable especializarse en ellos. Las cosas siguieron así durante barios años, y Obed consiguió la sufisiente mercansía de oro para poner en marcha la refinería en la hantigua fábrica de tejidos de Waite que hestaba en ruinas. No vendía las piasas tal eran, porque la gente le avría echo preguntas tóo er tiempo. Aun así, los de su tripulación conseguían de bes en cuando alguna que otra piasa y se desasían d'ella, aunque avían jurao guardar silencio; y él mesmo dejó que las mujeres de su familia yebaran algunas piasas, pues era tan umano como er que más.

»Pues vien, asia er treinta y ocho —cuando yo tenía siete años—, Obed descubrió que los hizleños abían sio aniquilaos en los biajes. Parese ser que los demás hizleños s'avían enterao de lo qu'estava pasando, y avían tomao cartas en el asunto. Supongo que, después de tóo, devían tener los biejos símbolos mágicos que, como desían las criaturas marinas, eran lo único que les hasustava. Ni que desir tiene que los canaquis se devieron henterar por casualidad cuando surgió del fondo der mar alguna hizla con ruinas más hantiguas qu'er dilubio. Eran tíos debotos... no dejaron ná en pie, ni en la hizla prinsipal ni en el hizlote bolcánico, excepto las ruinas que eran demasiao grandes para derrivarlas. En algunos lugares avía pequeñas piedras desparramás —como amuletos— que yebavan gravao ensima hargo paresido a lo que aora llaman esvástica. Provavemente eran símbolos de los Antiguos. Toda la gente fue aniquilá, no quedó ni rastro de aqueyos hojetos de oro, y ningún canaqui de los alrededores dijo una sola palabra sobre el hasunto. Ni siquiera hadmitían que en aquella hizla oviera bibido gente alguna bes.

»Aquello naturalmente fue un duro golpe para Obed, pues beía que su negocio iva cada bes peor. También afectó a todo Innsmouth, porque en aqueya hépoca de biajes por mar lo que venefisiava al capitán de un barco por regla general venefisiava a la tripulación proporsionalmente. La malloría de la gente de por aquí se tomó las cosas con pasiensia y resignasión, pero su situación era cada bes peor, porque la pesca s'estava hagogando y ninguna de las fábricas hiva demasiao vien.

»Entonses fue cuando Obed empesó a maldesir a la gente por ser unos estúpidos papanatas que resaban a un dios cristiano que no les halludava en náa. Les contó que avía conosío a gente que resava a dioses que les davan tóo lo que realmente nesesitavan, y dijo que si un grupo de hombres estava

dispuesto a ayudarle, quisás podría conseguir siertos poderes que les proporsionarían habundante pesca y vastante oro. Por supuesto, los que habían serbíó en er *Sumatra Queen* y habían bisto la hizla savían a qué se refería, y no tenían ningunas ganas d'asercarse a las criaturas marinas de las que avían hoído hablar; pero los que no savían de qué iva la cosa se dejaron comben-ser por lo que Obed avía dicho, y empesaron a preguntarle qué devían aser para hadoptar la fe que tan vuenos resultaos prometía.

Entonces el anciano titubeó, masculló y se sumió en un melancólico y aprensivo silencio; echó un vistazo por encima del hombro con nerviosismo, y luego volvió a mirar fascinado el lejano arrecife negro. Cuando le hablé no me contestó, de modo que me di cuenta de que tendría que dejarle terminar la botella. La descabellada historia que estaba escuchando me interesaba profundamente, pues me imaginaba que en su interior ocultaba una especie de rudimentaria alegoría basada en la rareza de Innsmouth y elaborada por una imaginación al mismo tiempo creativa y llena de retazos de leyendas exóticas. Ni por un momento creí que el relato tuviera realmente ningún fundamento sólido; pero, a pesar de todo, contenía una pizca de auténtico terror, aunque sólo fuera por sus referencias a aquellas joyas extrañas a todas luces semejantes a la perniciosa tiara que había visto en Newburyport. Después de todo, tal vez aquellos adornos procedían de alguna isla desconocida; y probablemente los disparatados cuentos de Zadok eran mentiras del extinto Obed, y no despropósitos de aquel viejo borrachín.

Alargué la botella a Zadok, y él la apuró hasta la última gota. Era curioso que aguantase tanto whisky, pues en su voz aguda y jadeante no había ni siquiera una pizca de pastosidad. Lamió el morro de la botella y se la metió en el bolsillo, y después empezó a mover la cabeza y a susurrar en voz baja para sí mismo. Me incliné para ver si podía entender alguna de las palabras que profería, y me pareció ver una sonrisa sardónica tras sus espesos y sucios bigotes. Sí... estaba diciendo algunas palabras, en efecto, y pude entender una buena parte de ellas:

—Er povre Matt —que siempre estuvo en contra d'esto— trató de poner a la gente de su parte y tubo largas conbersaciones con los predicaores... fue inútil... isieron correr por toas partes de la ciudad al pastor congregacionista, er metodista se marchó, no bolbimos a ber a Resolved Babcock, er pastor

baptista... la ira de Jehová... yo no era más que un chiquiyo, pero hoí lo que hoí, y bi lo que bi... Dagón y Astarot... Belial y Belcebú... er Beserro de Oro y los ídolos de Canaán y de los filisteos... abominaciones de Vavilonia... *Mené, mené, teqel y parsín...*

Nuevamente se detuvo, y por el aspecto de sus ojos llorosos me temí que después de todo se hallaba muy cerca del sopor etílico. Pero cuando lo zarandeeé suavemente por el hombro, se volvió hacia mí con asombrosa agilidad y espetó unas cuantas frases todavía más crípticas:

—No me cree, ¿eh? ¡Je, je, je!... Entonses dígame, jovensito, ¿por qué er capitán Obed y otras beinte personas s'ivan remando asta el Arresife del Diablo en plena noche, y cantavan tan alto que se les podía oír en toa la siudá cuando er biento era favorable? Dígame, ¿por qué, eh? ¿Y dígame por qué siempre dejavan caer cosas pesás en las aguas profundas al otro lao del arresife donde si usted echa un escandallo tan alto como un acantilao nunca llegará al fondo? ¿Y me pué desir qué iso con aquel chisme de plomo de forma tan extraña que le dio Walakea? ¡Dígame, muchacho! ¿Y qué gritavan tóos ellos en la víspera del Primero de Mayo y en la de Tóos los Santos? ¿Y por qué los nuebos párrocos de las iglesias —c'antes avían sío marineros— yebavan túnicas hestrañas y se cuvrían con esas cosas de oro que Obed avía traío? ¿Eh?

Sus llorosos ojos azules me parecieron entonces casi enfurecidos y frenéticos, y los pelos blancos de su sucia barba se le erizaron como si estuviesen cargados de electricidad. El viejo Zadok debió imaginarse que me echaba para atrás, porque empezó a carcajearse diabólicamente.

—¡Je, je, je, je! Empiesa a entender, ¿verdad? Tal bes le oviera gustao estar en mi peyejo en aquellos días, cuando por las noches beía cosas en er mar, desde lo alto de la cópola de mi casa. ¡Oh, puedo desirle que los niños pequeños se enteran de tóo y yo no me perdía ni palabra de lo que se chismorreava sobre er capitán Obed y la gente del arresife! ¡Je, je, je! ¿Y la noche que cojí er catalejo de mi padre, subí a la cópola y bi el arresife yeno de figuras que se sanvuyían en el agua tan pronto como salía la luna? Obed y los demás estaban en un vote, pero aqueyas figuras se sanvuyeron por el otro lao en las aguas profundas y no bolbieron a salir... ¿No le avría gustao ser un chaval y estar solo en la cópola biendo *aquellas figuras que no eran humanas...*? ¡Je, je, je...!

El anciano se estaba poniendo histérico, y yo empecé a estremecerme presa de un susto indecible. Me puso en el hombro una mano nudosa y me pareció que su temblor no se debía del todo a la hilaridad.

–Suponga que una noche be que tiran argo pesao del vote de Obed más ayá del arresife, y luego s’entera al día siguiente que un joven ha desapareció de su casa. Naide bolbió a ber a Hiram Gilman. ¿Qué le parese? Y lo mesmo pasó con Nick Pierce, y Luelly Waite, y Adoniram Southwick, y Henry Garrison. Je, je, je... Figuras que avlavan por señas con las manos... eso las que tenían manos de verdad...

»Pues vien, zeñó, fue entonses cuando Obed empesó a levantar cabeza de nuebo. La gente bio que sus tres ijas yebavan objetos de oro que nunca se les avía bisto antes, y empesó a salir umo por la chimenea de la refinería. Otra gente tanvién prosperó... la pesca en er puerto empesó a ser avundante, y sabe Dios cuántos cargamentos se envarcaron para Newburyport, Arkham y Boston. Fue entonses cuando Obed consiguió yebar a cavo el antiguo ramal del ferrocarril. Algunos pescaores de Kingsport s’enteraron de las capturas y binieron en valandras, pero tóos desaparecieron. Naide bolvió a berlos. Y justo entonses nuestra gente organizó la Orden Esotérica de Dagón, y compraron la logia masónica de la Encomienda del Calvario y se establecieron hayí... ¡Je, je, je! Matt Eliot era masón y se opuso a la benta, pero justo entonces desapareció.

»Recuerde, no e dicho que Obed quisiera que pasara lo mesmo que enaqueya hizla de los canaquis. No creo c’al prinsipio pretendiese que los jóbenes mesclaran su sangre con las criaturas marinas, ni que se hecharan al mar y se conbertieran en peses y fueran inmortales. Quería ojetos de oro, y estava dispuesto a pagarlos vien, y me figuro que los *demás* estarían satisfechos durante algún tiempo...

»Entrao el año cuarenta y seis, la siudá empesó a fijarse y a pensar por sí misma. Desaparesía demasiá gente... y en las reuniones de los domingos había demasiaos sermones disparataos... demasiás habladurías aserca del arresife. Supongo que yo ise un poco al contarle al consejal Mowry lo que avía bisto desde la cópola. Una noche un grupo de seguidores de Obed salió en tropel asia el arresife, y hoí disparos entre los votes. Al día siguiente, Obed y treinta y dos más estavan en la cárcel, y tóo er mundo se preguntava

qué se estava tramando y de qué se les podría hacusar. Dios mío, si harguien oviera podío prever lo que hiva a pasar... dos semanas más tarde, cuando ná se avía tiraio al mar desde asía mucho tiempo.

Zadok mostraba síntomas de estar asustado y agotado, y dejé que guardara silencio durante un rato, aunque mirando el reloj con recelo. La marea había cambiado y empezaba a subir, y el ruido de las olas pareció despertarlo. Me alegré, pues con la pleamar posiblemente el olor a pescado no sería tan fuerte. De nuevo agucé el oído para captar sus susurros.

—Aquella noche hezpantosa... los bi... Yo estava arriva en la cópola... eran multitud... enjanvres... por toas partes del arresife y benían nadando asia er puerto, pa' adentrarse en el Manuxet... Dios mío, lo que susedió aquella noche en las calles de Innsmouth... Golpearon nuestra puerta, pero mi padre no quiso avrir... luego salió trepando por la ventana de la cosina con su mosquete para vuscar al consejal Mowry y ber qué se podía aser... Montones de muertos y de moribundos... disparos y gritos... en Old Square, en Town Square, en New Church Green... las puertas de la cársel s'avrieron de par en par... proclamasi3n... traisi3n... cuando binieron a la siudá y comprobaron que faltava la mitad de la gente, dijeron c'avía sío la peste... no quedavan más que los que se unieron a Obed y a las criaturas o los que se callaron... no bolbí a tener notisias de mi padre...

El anciano jadeaba y sudaba copiosamente. Acentuó todavía más su presi3n sobre mi hombro.

—A la mañana siguiente avían limpiao t3o... pero quedavan *ueyas*... Obed toma er mando y dise que las cosas ban a canviar... *otros* rendirán culto con nosotros cuando nos reunamos, y siertas casas tendrán que albergar *uéspe-des*... ellos querían mesclar su sangre, como isieron los canaquis, y al menos él no está dispuesto a impedirselo. Obed ha ido demasiaio lejos... como si estobiera loco por el asunto. Dise que ellos nos traerán pesca y tesoros, y que tendríamos que darles lo que ansiavan...

»Nada iva a ser diferente en el hexterior, sólo que teníamos que ser cautelosos con los forasteros si savíamos lo que nos conbenía. Todos tubimos que prestar er Juramento de Dagón, y después uvo un segundo y un terser juramento, que prestamos hargunos de nosotros. Los que isiesen servicios espesiales, resivirían recompensas espesiales: oro y demás. Era hinútil ne-

garse, porque avía millones de ellos ayá avajo. Preferían no tener c'alsarse contra er género humano ni haniquilarlo, pero si les trasionávamos y les ovligávamos a ello, podían aser mucho en ese aspecto. Nosotros no teníamos sus viejos amuletos para vloquearlos, como la gente de los Mares del Sur, y los canaquis nunca nos rebelarían sus secretos.

»Avía que proporsionarles vastantes sacrificios y vujerías y refugio en la siudá cuando quisieran, y ellos nos dejarían en pas bastante vien. No les importava que algún forastero pudiera ir por aí con avladurías... es desir, siempre que no se entrometieran. Todos los que formavan er grupo de fieles —la Orden de Dagón— y sus ijos, nunca morirían, sino que regresarían a la Madre Hidra y al Padre Dagón, de donde todos prosedemos... *Iä! Iä! Cthulhu fhtag! Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgab-nagl fhtagn...*

El viejo Zadok se sumió en el más absoluto desvarío, y yo contuve la respiración. ¡Pobre hombre... a qué lamentables abismos de alucinación había llevado el alcohol, además de su aversión a la decadencia, la alienación y la enfermedad que le rodeaba, a aquella mente fecunda e imaginativa! Empezó a gemir, y las lágrimas surcaron sus mejillas estriadas hasta perderse en su barba.

—¡Dios mío, lo que e bizto desde que tenía quince años! *Mené, mené, teqel y parsín!*... la gente que a desapareció, y los que se suisidaron... los que contaron cosas en Arkham o Ipswich, o lugares paresíos, y los yamaron locos, como husté me está yamando aora mesmo... pero, Dios mío, la de cosas que e bizto... M'avrían matao ase tiempo por lo que sé, sólo que presté er primero y er segundo juramento delante de Obed, así qu'estava protegío, a menos que un tribunal formao por ellos demostrara que conté cosas a saviendas y deliveradamente... pero no presté er tercer juramento... me moriría antes que prestarlo.

»Fue más o menos cuando la guerra sivil, *cuando los niños nasíos a partir del cuarenta y seis empearon a aserse mallores...* es desir, hargunos de eyos. Yo estaba hasustao... no bolbí a fisgar después d'aqueya orrivle noche, y nunca bi de serca a uno de... *ellos...* en tóa mi vida. Es desir a naide que fuera de pura sangre. Fui a la guerra, y si oviera tenío agayas o un poco de sentío común nunca avría buerto, sino que me avría estableció lejos d'aquí. Pero la gente me escribió disiendo que las cosas no ivan tan mal. Supongo que eso fue porque los funsionarios de reclutamiento del Gobierno estavan en



la siudá desde er sesenta y tres. Después de la guerra, bolbió a estar tóo tan mal como antes. La gente empesó a desaparecer... las fábricas y las tiendas serraron, er transporte marítimo se suspendió y er puerto se atascó... se avandonó er ferrocarril... pero *ellos* no dejaron de entrar y salir del río nadando desde aquel mardito arresife de Satanás... y cada bes se ivan tapiando más bentanas en los desbanes, y cada bes s'hoían más ruidos en las casas en las que se suponía que no avía naide...

»La gente de fuera cuenta iztorias de nosotros... supongo que usté a hoído muchas, en vista de las preguntas que me ase... iztorias sobre cosas c'an bizto hargunas beses, y sobre aqueyas jollas extrañas qu'entavía yegan de harguna parte y no están fundidas del tóo... pero ná concreto. Naide se cree ná. Creen que los hojetos de oro proseden del votín de hargún pirata y reconosen que las gentes de Innsmouth son de sangre hestranjera o que padesen harguna enfermedad. Además, los que biben aquí haullentan a tantos forasteros como pueden, e insitan al resto a que no curioseen demasio, espesialmente por la noche. Los animales ebitaban a la gente... los caballos, las mulas no... pero cuando tubieron autos lla no importó.

»En er cuarenta y seis, er capitán Obed bolvió a casarse, pero a su segunda mujer *naide de la siudá l'a bisto nunca*... hargunos disen qu'él no quería, pero ellos le obligaron... con ella tubo tres ijos: dos desaparecieron jóbenes, pero una chica paresía tan normal como cualquier otra y fue educada en Europa. Finalmente, Obed consiguió casarla con engaño con un tipo de Arkham que no sospechava ná. Pero ahora naide quié tener ná que ver con gente de Innsmouth. Barnabas Marsh, que se ocupa aora de la refinería, es nieto de Obed y de su primera mujer... o sea, es ijo de Onesiphorus, el ijo mayor de Obed, *pero su madre es otra de ellas y nunca fue bista de puertas afuera*.

»Barnabas está a punto de sufrir er cambio. Ya no puede serrar los ojos y no tié forma umana. Disen que todavía yeba ropa, pero pronto tendrá que bolber al agua. Puede que lla lo alla intentao... a beses vajan un ratito antes d'irse para siempre. No se le a bizto en público desde ase casi dies años. No sé cómo deve sentirse su pobre mujer... ella es de Ipswich, y los de ayí casi lincharon a Barnabas cuando la cortejava, ase unos cincuenta años. Obed murió en er setenta y ocho, y toda la generación siguiente lla a desapareció... los ijos de la primera esposa murieron, y el resto... sabe Dios...

El ruido de la marea ascendente era ya muy insistente, y poco a poco el humor del anciano pareció pasar de una emotividad sensiblera a un temor en estado de alerta. Se callaba de vez en cuando para reanudar sus inquietas miradas por encima del hombro o en dirección al arrecife y, a pesar de lo disparatado y absurdo que resultaba su relato, no tuve más remedio que empezar a compartir su vago recelo. La voz de Zadok era más chillona, y parecía estar tratando de levantarse el ánimo hablando más alto.

—Oiga, ¿por qué no dise ná, eh? ¿Le gustaría bibir en una siudá como esta, onde tóo se está pudriendo y se muere, y ai monstruos escondíos que s'arrastran, gimen, rugen y brincan en negros sótanos y desbanes en cualquier direción que uno vaya? ¿Eh? ¿Le gustaría hoír noche tras noche los alaríos que salen de las iglesias y de la sede de la Orden de Dagón, *sabiendo quién los causa en parte?* ¿Le gustaría hoír lo que yega d'ese espantoso arresife la víspera del Primero de Mayo y del Día de Tóos los Santos? ¿Eh? Cree que er biejo está loco, ¿verdad? Pues vien, zeñó, *¡déjeme desirle que eso no es lo peor!*

Zadok estaba gritando a decir verdad, y el loco frenesí de su voz me trastornó más de lo que me gustaría reconocer.

—¡Mardito sea, no me se quede mirando con esos hojos... le aseguro que Obed Marsh está en el infierno, y hayí tendrá que quedarse! ¡Je, je!... ¡en el *infierno* le digo! No podéis hacerme nada. Yo no he hecho ná ni he dicho ná a naide...

»Oiga, jovensito. Er caso es que nunca e dicho ná a naide, pero aora lo voi a desir. Estese quieto y escúcheme, muchacho... esto no se lo he contao nunca a naide: le digo que después d'aquella noche no bolbí a fisgar... *¡pero, así y tóo, me enteré de cosas!*

»¿Quié saver lo que es el verdadero orror, eh? Pues vien: no es lo que esos demonios de peses *han echo, sino ¡lo que ban a aser!* Yeban años suviendo a la siudá cosas que sacan del lugar de onde bienen... lo an estao asiendo durante años y últimamente an haflojao el ritmo. Las casas que ai al norte del río, entre Water Street y Main Street, están yenas d'eyos —de esos demonios *y lo que traen*— y cuando estén preparaos... digo *cuando estén preparaos...* ¿Ha oído hablar harguna vez de un *shoggoth*...?

»Eh, ¿es que no me escucha? Le haseguro que yo *sé lo que son esas criaturras... las bi una noche, cuando...* ¡EH—AHHH—AH! ¡E'YAHHH!...

La horrible brusquedad y el inhumano horror del chillido que lanzó el anciano casi me hizo perder el conocimiento. Sus ojos, que habían dejado de mirarme para contemplar el maloliente mar, verdaderamente se le salían de las órbitas; y su rostro era una máscara de temor digna de una tragedia griega. Su garra huesuda se hincó terriblemente en mi hombro, y no hizo ningún movimiento cuando volví la cabeza para mirar lo que él vislumbraba.

No vi nada. Sólo la marea ascendente y quizás una serie de ondas más restringidas que la larga y furibunda fila de olas grandes. Pero entonces Zadok empezó a zarandearme, y me volví para observar la transformación de su rostro, paralizado por el miedo, en un caos de párpados contraídos y encías farfulladoras. Su helado terror dio paso a una tempestad de movimientos nerviosos y expresivos. En seguida recobró la voz... si bien como un tembloroso susurro.

—*¡Fuera d'aquí! ¡Vállase d'aquí! Nos an bizto... ¡Vállase d'aquí, como si en eyo le fuera la vía! No hespere ni un momento... lla lo saven... Hulla, de priesa... sarga d'esta siudá...*

Otra fuerte ola rompió contra la suelta mampostería del antiguo muelle, y el loco susurro del viejo se convirtió en un grito inhumano que helaba la sangre:

—¡E—YAAHHH!... ¡YHAAAAAAAA!...

Antes de que pudiese recuperar el juicio, me había soltado el hombro y se precipitaba desaforadamente tierra adentro hacia la calle, haciendo esos en dirección norte por delante de la pared en ruinas del almacén.

Me volví a echar una ojeada al mar, pero no había nada que ver. Y cuando llegué a Water Street y miré hacia el norte a lo largo de la calle, no quedaba ni rastro de Zadok Allen.

IV

Me cuesta trabajo describir el estado de ánimo en que quedé después de este angustioso episodio... un episodio a la vez insensato y lastimoso, grotesco y aterrador. El chico de la abacería me lo había advertido, pero la realidad me había dejado perplejo y trastornado. Aunque fuera un relato pueril,

la insensata seriedad y el pavor del viejo Zadok me habían contagiado una inquietud cada vez mayor que se unió a mi anterior aversión hacia aquella ciudad y su intangible augurio de infortunio.

Más adelante podría examinar cuidadosamente aquella historia, y sacar alguna conclusión acerca de su alegórica verdad; en aquellos momentos sólo deseaba quitármela de la cabeza. Se había hecho tarde de manera peligrosa —mi reloj marcaba las siete y cuarto, y el autobús para Arkham salía de Town Square a las ocho—, de modo que traté de dar a mis pensamientos un enfoque lo más neutral y práctico posible mientras caminaba con mucha rapidez por las calles desiertas de tejados abiertos y casas inclinadas en dirección al hotel donde había depositado mi maleta y encontraría mi autobús.

Aunque la dorada luz del atardecer daba a los antiguos tejados y decrépitas chimeneas un aire de encanto místico y paz, no pude dejar de echar un vistazo por encima del hombro de vez en cuando. Sin duda me alegraría librarme del maloliente y aciago Innsmouth, y me gustaría que hubiera otro vehículo que no fuera el autobús conducido por aquel individuo de aspecto siniestro apellidado Sargent. Sin embargo, no me apresuré demasiado, pues había detalles arquitectónicos dignos de ver en todas las esquinas silenciosas; y calculé que podría cubrir fácilmente la distancia necesaria en media hora.

Después de estudiar el plano del joven de la abacería y buscar un itinerario que no hubiera recorrido antes, preferí meterme por Marsh Street en lugar de State para dirigirme a Town Square. Cerca de la esquina de Fall Street empecé a ver grupos diseminados de gentes hurañas que cuchicheaban y, cuando por fin llegué a Town Square, vi que casi todos los paseantes ociosos se habían congregado alrededor de la puerta de la Gilman House. Parecía como si muchos ojos saltones, llorosos y que no parpadeaban, me mirasen de un modo extraño cuando pedí mi maleta en el vestíbulo, y esperaba que ninguno de aquellos seres desagradables fuera mi compañero de viaje en el autocar.

Bastante pronto, el autobús llegó traqueteando con tres viajeros un poco antes de las ocho, y un individuo de aspecto siniestro que estaba en la acera murmuró unas palabras indistinguibles al conductor. Sargent dejó caer una saca de correspondencia y un rollo de periódicos, y entró en el hotel, mientras los pasajeros —los mismos hombres a quienes había visto llegar a New-

buryport aquella mañana— caminaban hacia la acera con paso poco seguro e intercambiaban algunas palabras guturales casi imperceptibles con un paseante ocioso, en una lengua que podría haber jurado que no era inglés. Subí al autocar vacío y ocupé el mismo asiento que había ocupado antes, pero nada más sentarme reapareció Sargent y empezó a hablarme entre dientes con un peculiar y repulsivo acento gutural.

Al parecer estaba yo de muy mala suerte. El motor se había averiado, a pesar del excelente tiempo hecho desde Newburyport, y el autobús no podía concluir el viaje hasta Arkham. No, era imposible repararlo aquella noche, y no había otro medio de transporte que saliera de Innsmouth en dirección a Arkham o cualquier otro sitio. Sargent lo sentía mucho, pero yo tenía que parar en el Gilman. Seguramente el recepcionista me haría un buen precio, pero no se podía hacer nada más. Casi aturdido por ese impedimento inesperado, y temiendo extremadamente la caída de la noche en aquella deteriorada y medio apagada ciudad, abandoné el autobús y volví a entrar en el vestíbulo del hotel, donde el recepcionista del turno de noche —un tipo taciturno y de aspecto extraño— me dijo que podía ocupar la habitación 428 en el penúltimo piso —grande, pero sin agua corriente— por un dólar.

A pesar de lo que había oído sobre ese hotel en Newburyport, firmé en el registro, pagué mi dólar, dejé que el recepcionista cogiera mi maleta, y seguí a aquel avinagrado y solitario acompañante, subiendo los tres tramos de crujientes escaleras hasta un pasillo polvoriento que parecía desprovisto por completo de vida. Mi habitación, un deprimente cuartucho trasero con dos ventanas y un mobiliario barato y raído, daba a un sórdido patio, rodeado por bajos edificios de ladrillo abandonados, y dominaba un panorama de tejados decrepitos que se extendían hacia el oeste, más allá del cual se veía un paisaje de marismas. Al final del pasillo había un cuarto de baño... una desalentadora reliquia con una antigua palangana de mármol, una bañera de estaño, luz eléctrica mortecina, y toda una instalación de cañerías entre mohosos paneles de madera.

Como todavía había luz del día, bajé a Town Square y eché una ojeada alrededor a ver si podía cenar cualquier cosa, dándome cuenta de que los desagradables paseantes ociosos me miraban de una manera muy extraña. Dado que la abacería estaba cerrada, me vi obligado a entrar en el restau-



rante que antes había rehuido; me atendieron un hombre encorvado de cabeza estrecha y ojos desorbitados que no parpadeaban, y una moza chata con unas manos increíblemente gruesas y torpes. Sólo se podía comer en el mostrador, y me alegró comprobar que la mayor parte de la comida era por lo visto de lata o estaba envasada. Me bastó con un tazón de sopa de verduras con galletas y no tardé en regresar a mi sombría habitación del Gilman, donde el recepcionista de rostro siniestro me proporcionó un periódico de la tarde y una revista con cagaditas de mosca que había en un estante desvencijado, junto al mostrador.

Cuando se hizo más de noche encendí la única bombilla de luz tenue que colgaba sobre la barata cama de armadura de hierro, y traté lo mejor que pude de proseguir la lectura que había empezado. Me pareció conveniente mantener la mente saludablemente ocupada, pues de nada serviría darle más vueltas a las cosas anormales que pasaban en aquella antigua y aciaga ciudad mientras estuviese dentro de sus límites. La descabellada historia que le había oído al anciano borracho no presagiaba sueños muy agradables, y me pareció que debía mantener lo más lejos posible de mi imaginación la imagen de sus exaltados y llorosos ojos.

Además, no debía pensar obsesivamente en lo que el inspector de Trabajo había contado al empleado de la estación sobre la Gilman House, y sobre las voces de sus ocupantes nocturnos... ni en eso, ni en el rostro que vislumbré bajo la tiara en la entrada de la tenebrosa iglesia; el rostro que me causó un horror que mi mente consciente no podía explicar. Quizás habría sido más sencillo apartar mis pensamientos de todos aquellos asuntos inquietantes si mi habitación no hubiese sido tan espantosamente húmeda. Sea como fuere, el olor a humedad se mezclaba horriblemente con el hedor a pescado que era común en toda la ciudad y constantemente evocaba ideas de muerte y de putrefacción.

Otra cosa que me preocupaba era la ausencia de cerrojo en la puerta de mi habitación. Ciertas marcas demostraban a las claras que tuvo uno, pero había indicios de que lo habían quitado recientemente. Sin duda no funcionaba, como tantas otras cosas de aquel decrepito edificio. En mi nerviosismo, eché una mirada alrededor y encontré un cerrojo en el armario ropero que, a juzgar por las marcas, parecía ser del mismo tamaño que el que había

antes en la puerta. Para aliviar un poco la tensión general, me ocupé de trasladar esa quincalla al lugar vacío con la ayuda de una práctica herramienta de triple uso que llevaba en el llavero. El cerrojo encajaba perfectamente, y me sentí algo aliviado al ver que podía correrlo cuando me fuera a acostar. No es que creyera realmente que fuera necesario, pero cualquier signo de seguridad era bien recibido en un entorno como aquel. Las dos puertas laterales que comunicaban con las habitaciones contiguas tenían su correspondiente cerrojo, y procedí a cerrarlos.

No me desnudé, pues decidí leer hasta que tuviese sueño y después acostarme sin quitarme más que la chaqueta, el cuello y los zapatos. Tomé una linterna de bolsillo que llevaba en la maleta y la metí en un bolsillo del pantalón, de modo que pudiera consultar el reloj si me despertaba más tarde a oscuras. Sin embargo, la somnolencia no venía; y cuando me paré a analizar mis pensamientos descubrí con preocupación que inconscientemente esperaba oír algo... algo que temía pero no podía precisar. La historia del inspector debió afectar a mi imaginación más de lo que había supuesto. De nuevo intenté leer, pero descubrí que no avanzaba.

Al cabo de un rato me pareció oír que los escalones y los pasillos crujián de vez en cuando, como si hubiese pisadas, y me pregunté si las demás habitaciones estarían empezando a llenarse. Sin embargo, no se oían voces, y me pareció que había algo ligeramente solapado en aquellos crujidos. No me gustó, y estuve deliberando si no sería mejor tratar de no dormirme. En aquella ciudad había alguna gente muy rara, y sin duda había habido varias desapariciones. ¿Me encontraba en una de esas posadas donde asesinan a los viajeros para robarles? Ciertamente yo no tenía aspecto de excesiva prosperidad. ¿O es que realmente la gente de la ciudad guardaba tanto rencor a los visitantes curiosos? ¿Habría llamado desfavorablemente la atención mi llamativa visita, y mis frecuentes consultas al plano? Se me ocurrió que debía de encontrarme terriblemente nervioso para permitir que unos pocos crujidos fortuitos me hicieran especular de esa manera... pero a pesar de todo lamenté ir desarmado.

Finalmente, sintiendo un cansancio que nada tenía que ver con la somnolencia, eché el cerrojo que acababa de instalar en la puerta de entrada, apagué la luz, y me eché en la dura y desnivelada cama con la chaqueta, el

cuello, los zapatos y todo. En la oscuridad hasta el más débil ruido nocturno parecía amplificado, y me invadió una avalancha de pensamientos todavía más desagradables. Me arrepentí de haber apagado la luz, pero estaba demasiado cansado para levantarme y volver a encenderla. Luego, tras una larga y monótona pausa, y precedido por nuevos crujidos en la escalera y el corredor, oí un sonido suave y terriblemente inconfundible que parecía ser el maligno cumplimiento de todos mis recelos. Sin la menor sombra de duda, alguien trataba de abrir con una llave la puerta de mi habitación, con cautela, sigilosamente, a tientas.

Mis sensaciones al reconocer aquel signo de verdadero peligro tal vez fueron algo menos agitadas a causa de los vagos temores que había experimentado antes. Aunque sin un motivo concreto, había estado instintivamente en guardia... y eso era ventajoso para mí en los nuevos momentos difíciles que me aguardaban, cualesquiera que resultaran ser. De todos modos, la transformación de mis vagos presentimientos en una amenaza real e inmediata me produjo una profunda conmoción, y fue un auténtico golpe para mí. Ni se me ocurrió que el intento de abrir la puerta pudiera ser una mera equivocación. Me figuré que se trataba de alguien con un propósito maligno, y permanecí callado como un muerto, esperando el siguiente movimiento del supuesto intruso.

Al cabo de un rato cesó el cauteloso forcejeo y oí que alguien entraba en la habitación contigua a la mía con una llave maestra. Luego trataron de abrir sin hacer ruido la cerradura de la puerta que comunicaba con mi habitación. El cerrojo resistió, por supuesto, y oí crujir el suelo al abandonar la habitación el merodeador. Al cabo de un momento se oyó otro débil chasquido apagado, y me di cuenta de que alguien entraba en la otra habitación contigua a la mía. De nuevo trataron de abrir sigilosamente el cerrojo de la otra puerta de comunicación, y de nuevo se oyeron crujidos de pasos al retirarse alguien. Esta vez, los crujidos continuaron por el pasillo y las escaleras, y comprendí que el merodeador se había dado cuenta de que las puertas de mi habitación estaban cerradas con cerrojo y renunciaba a su intento durante mayor o menor tiempo, según revelaría el futuro.

La rapidez con que accedí a un plan de acción demuestra que debía haber estado temiéndome subconscientemente alguna amenaza y conside-



rando durante horas las posibles vías de escape. Tuve la impresión desde el principio de que el desconocido que había estado forcejeando para abrir la puerta representaba un peligro con el que no debía enfrentarme, sino que tenía que huir de él lo más deprisa que pudiera. Lo único que tenía que hacer era salir del hotel lo antes posible, y por otro camino distinto de la escalera principal y el vestíbulo.

Me levanté sin hacer ruido y, enfocando el interruptor de la luz con mi linterna, traté de encender la bombilla que había sobre mi cama a fin de coger algunas pertenencias y metérmelas en el bolsillo para poder huir rápidamente sin maleta. Nada sucedió sin embargo, y comprendí que habían cortado la corriente. A todas luces se estaba tramando en secreto algún plan malvado a gran escala... aunque no sabría decir en qué consistía. Mientras seguía reflexionando con la mano en el interruptor que no funcionaba, oí un crujido amortiguado en el piso de abajo, y me pareció distinguir a duras penas unas voces que conversaban. Al cabo de un momento me sentí menos seguro de que aquellos sonidos profundos fuesen voces, ya que los evidentes rugidos roncós y gruñidos desarticulados se parecían muy poco a cualquier lenguaje humano conocido. Luego pensé con renovado vigor en lo que el inspector de Trabajo había oído una noche en aquel edificio desmoronado y pestilente.

Una vez que me hube llenado los bolsillos con ayuda de la linterna, me puse el sombrero y me fui de puntillas a la ventana para examinar las posibilidades de descenso. A pesar del reglamento de seguridad establecido por la ley, no había escalera de incendios en aquel lado del hotel, y vi que mis ventanas tenían un desnivel vertical de tres pisos hasta el patio adoquinado. A derecha e izquierda, sin embargo, algunos edificios antiguos de ladrillo lindaban con el hotel; sus tejados inclinados estaban a la altura de mi cuarto piso y a una distancia razonable para saltar. Para llegar a cualquiera de aquellos edificios tendría que haberme encontrado en una habitación dos puertas más allá de la mía —en un caso en dirección norte y en el otro en dirección sur— e inmediatamente me puse a calcular las probabilidades que tenía de llevar a cabo el traslado.

Decidí que no podía exponerme a salir al pasillo, donde sin duda mis pasos serían oídos, y donde las dificultades para entrar en la habitación de-

seada serían insuperables. El traslado, si es que se llevaba a cabo, tendría que ser a través de las puertas, menos sólidas, que comunicaban unas habitaciones con otras, cuyas cerraduras y cerrojos tendría que forzar de manera violenta, utilizando el hombro como ariete, siempre que opusieran resistencia. Me pareció que eso sería posible, debido a que tanto la casa como sus instalaciones fijas estaban desvencijadas; pero me di cuenta de que no podría hacerlo en silencio. Tendría que contar con la rapidez y la posibilidad de llegar a una ventana antes de que cualquier fuerza hostil pudiera coordinarse lo suficiente para abrir la puerta de la habitación a la derecha de la mía con una llave maestra. Reforcé la de mi propia habitación apuntalándola con el escritorio, que arrastré poco a poco para hacer el menor ruido posible.

Comprendía que mis posibilidades eran muy escasas, pero estaba enteramente preparado para afrontar cualquier infortunio. Ni siquiera alcanzando otro tejado resolvería el problema, pues entonces tendría todavía que llegar al suelo y escapar de la ciudad. Una cosa a mi favor era el abandono y el estado ruinoso de los edificios colindantes y la cantidad de negros tragaluces que se abrían en cada hilera.

Como de la consulta del plano del muchacho de la abacería llegué a la conclusión de que el mejor itinerario para salir de la ciudad era en dirección sur, primero eché un vistazo a la puerta de comunicación de aquel lado de mi habitación. Estaba diseñada para abrirse hacia mí, y por lo tanto, después de descorrer el cerrojo y comprobar que tenía otros por fuera, comprendí que no era propicia para forzarla. Por consiguiente, abandoné ese posible itinerario y trasladé con cautela la cama contra la puerta para impedir cualquier ataque posterior que pudiera proceder de la habitación vecina. La puerta del lado norte se abría en sentido contrario a mí, y comprendí que ese debía de ser mi itinerario, aunque resultó que estaba cerrada con llave o tenía el cerrojo echado por el otro lado. Si podía llegar a los tejados de los edificios de Paine Street, y conseguía bajar hasta el nivel de la calle, quizás podría atravesar rápidamente el patio y los edificios adyacentes o los de enfrente hasta Washington Street o Bates Street... o bien podía salir a Paine Street, dirigirme cautelosamente hacia el sur y meterme por Washington Street. En cualquier caso, mi objetivo sería llegar a Washington Street como fuese, y salir rápidamente de la zona de Town Square. Mi prioridad sería no

pasar por Paine Street, ya que el parque de bomberos podía estar abierto toda la noche.

Mientras pensaba en esas cosas miré hacia la sórdida multitud de tejados ruinosos que se extendía a mis pies, iluminados por los rayos de una luna casi llena. A la derecha, el negro tajo de la garganta del río partía el panorama; a sus costados se aferraban como lapas varias fábricas abandonadas y la estación de ferrocarril. A lo lejos se veía la herrumbrosa vía férrea y la carretera de Rowley, que atravesaban un terreno llano y pantanoso, salpicado de islotes de tierra más elevada y seca cubiertos de maleza. A la izquierda del paisaje surcado de riachuelos, la estrecha carretera de Ipswich brillaba a la luz de la luna. Desde mi lado del hotel no se veía la carretera en dirección sur que iba a Arkham, que yo había decidido tomar.

Estaba especulando indecisamente sobre el momento más oportuno para lanzarme contra la puerta en dirección norte, y en cómo me las arreglaría para que no me oyeran, cuando me fijé en que los imprecisos ruidos de abajo habían dado paso a nuevos crujidos más fuertes en la escalera. Vi el vacilante parpadeo de una luz a través del montante de mi puerta, y las tablas del pasillo empezaron a crujir bajo una pesada carga. Unos ruidos amortiguados de posible origen vocal se acercaban, y por fin unos fuertes golpes sonaron en la puerta de mi habitación que daba al pasillo.

De momento no hice más que contener la respiración y esperar. Pareció transcurrir una eternidad, y de pronto el nauseabundo olor a pescado de mi entorno pareció aumentar espectacularmente. Después se repitieron los golpes, de manera continua y cada vez con mayor insistencia. Comprendí que había llegado el momento de actuar, y en seguida descorrí el cerrojo de la puerta que comunicaba con la habitación en dirección norte y me preparé para echarla abajo. Los golpes eran cada vez más fuertes, y yo esperaba que su volumen taparía el ruido que iba a hacer. Por fin empecé a arremeter una y otra vez contra la delgada chapa con mi hombro izquierdo, haciendo caso omiso del golpe o del dolor. La puerta resistió incluso más de lo que yo había supuesto, pero no me di por vencido. Y mientras tanto, aumentó el clamor en la puerta del pasillo.

Finalmente cedió la puerta, pero con tal estrépito que los del exterior tuvieron que oírlo. Inmediatamente los golpes en el exterior se convirtieron en

un violento aporreo, mientras las llaves sonaban ominosamente en las puertas de las habitaciones a ambos lados de la mía. Atravesando a toda velocidad la habitación que acababa de abrir, conseguí echar el cerrojo a la puerta que daba al pasillo antes de que pudieran dar la vuelta a la llave; pero en cuanto lo hice oí que trataban de abrir con una llave maestra la puerta de la tercera habitación... desde cuya ventana esperaba alcanzar el tejado de abajo.

Por un momento me sentí absolutamente desesperado, ya que al parecer estaba bloqueado en una habitación con ninguna ventana que diera al exterior. Una oleada de horror casi anómalo me invadió, y confirió una terrible pero inexplicable singularidad a las huellas, vislumbradas gracias a mi linterna, que había dejado en el polvo del suelo el intruso que hacía muy poco había tratado de entrar en mi habitación por esa puerta. Después, con un atolondrado automatismo que persistía a pesar de la desesperación, me dirigí a la siguiente puerta de comunicación y llevé a cabo el movimiento reflejo de intentar derribarla a empujones para abrirme paso y –dado que los cerrojos podían estar milagrosamente intactos en esta segunda habitación– corrí el pestillo de la siguiente puerta que daba al pasillo antes de que pudieran abrirla desde fuera.

Una casualidad verdaderamente afortunada me proporcionó un alivio temporal... pues la puerta de comunicación no sólo no tenía echada la llave, sino que de hecho estaba entreabierta. En un momento estaba dentro y apoyé la rodilla derecha y el hombro contra la puerta que daba al pasillo, que visiblemente se estaba abriendo hacia dentro. Mi presión cogió desprevenido al que trataba de abrirla, pues al empujar yo se cerró, de modo que pude correr el cerrojo, como había hecho con la otra puerta. Durante aquel breve respiro, oí que los aporreos contra las otras dos puertas disminuían, mientras llegaba un confuso estrépito de la puerta de comunicación que yo había blindado con la cama. Obviamente, la mayor parte de mis asaltantes habían entrado por la habitación contigua del otro lado y se agrupaban para lanzar un ataque por aquel lado. Pero en aquel mismo momento se oyó cómo introducían una llave maestra en la siguiente puerta en dirección norte, y comprendí que se acercaba un peligro más inminente.

La puerta de comunicación en dirección norte estaba abierta de par en par, pero no había tiempo para pensar en examinar la cerradura de la que

daba al pasillo, que ya estaban abriendo. Lo único que pude hacer fue cerrar y echar el cerrojo de la puerta de comunicación que estaba abierta, así como la del lado opuesto... asegurando una con la cama y la otra con el escritorio, y colocando el palanganero delante de la puerta que daba al pasillo. Me imaginaba que debía confiar en tales barreras improvisadas hasta que pudiera salir por la ventana y subir al tejado del edificio de Paine Street. Pero incluso en aquel momento crucial, mi principal temor no tenía nada que ver con la perentoria fragilidad de mis defensas. Me estremecía porque ninguno de mis perseguidores, a pesar de algunos horribles jadeos, gruñidos y suaves rugidos, pronunciaba ni un solo sonido vocal no amortiguado o que resultara inteligible.

Mientras trasladaba los muebles y me precipitaba hacia las ventanas, oí una tremenda carrera a lo largo del pasillo hacia la habitación situada al norte de la mía, y noté que habían cesado las embestidas en la del lado sur. Estaba claro que la mayoría de mis oponentes estaban a punto de concentrarse ante la débil puerta de comunicación, que sabían que debía dar directamente a mi habitación. Afuera, la luna seguía jugando con la cumbre del bloque de abajo, y comprendí que el salto sería terriblemente arriesgado, debido a la empinada superficie en la que tenía que aterrizar.

Tras examinar las circunstancias, elegí como vía de escape la más meridional de las dos ventanas, pensando aterrizar en la vertiente interior del tejado y dirigirme hacia la claraboya más próxima. Una vez dentro de uno de aquellos decrepitos edificios de ladrillo, tendría que contar con que me perseguirían; pero esperaba poder descender y esconderme por entre los portales que se abrían a lo largo del tenebroso patio, llegar finalmente a Washington Street, y salir de la ciudad hacia el sur.

El estrépito en la puerta de comunicación septentrional era ya enorme, y vi que el frágil entrepaño empezaba a astillarse. Era obvio que los sitiadores habían traído un objeto pesado y lo empleaban como ariete. Sin embargo, la cama todavía se mantenía firme, de modo que tenía al menos una remota posibilidad de llevar a cabo mi huida. Al abrir la ventana me di cuenta de que estaba flanqueada por pesadas colgaduras de terciopelo, suspendidas de una barra mediante anillas de latón, y también de que en el exterior sobresalía un gancho grande para sujetar los postigos. Viendo que aquello

me proporcionaba una posibilidad de evitar un salto peligroso, di un tirón a las colgaduras y las eché abajo con barra y todo; después enganché rápidamente dos anillas en el gancho de la contraventana y eché las colgaduras al exterior. Los pesados pliegues llegaron de sobra al tejado, y comprendí que las anillas y el gancho probablemente soportarían mi peso. Por lo tanto salí trepando de la ventana y me deslicé por la improvisada escala de cuerda, dejando atrás para siempre el malsano y plagado de horrores edificio de la Gilman House.

Aterricé sin contratiempos en las sueltas tejas de pizarra del empinado tejado, y conseguí llegar sin resbalar a una de las negras claraboyas abiertas. Levantando la vista hacia la ventana que acababa de abandonar, observé que todavía estaba a oscuras, aunque más allá de las desmoronadas chimeneas hacia el norte se veían luces que brillaban ominosamente en la logia de la Orden de Dagón, en la iglesia baptista y en la iglesia congregacional, cuyo recuerdo tanto me estremecía. Como me había parecido que no había nadie en el patio, esperaba tener una posibilidad de escapar antes de que cundiera la alarma general. Al enfocar mi linterna al interior de la claraboya, vi que no había escalones para bajar. Sin embargo, la altura era insignificante, de modo que me subí a gatas al borde y me dejé caer, yendo a parar a un suelo polvoriento lleno de cajas deshechas y de barriles.

El lugar ofrecía un aspecto macabro, pero tales impresiones habían dejado de preocuparme y me dirigí inmediatamente hacia la escalera, que descubrí gracias a la linterna... después de una rápida ojeada al reloj, que indicaba que eran las dos de la mañana. Los peldaños crujían, pero parecían medianamente seguros; y bajé corriendo, dejando atrás una especie de granero en la segunda planta, y llegué a la planta baja. La desolación era completa, y sólo el eco respondió a mis pisadas. Por fin llegué al pasillo inferior, en un extremo del cual vi un débil rectángulo de luz que indicaba el ruinoso portal que daba a Paine Street. Tomando la otra dirección, encontré la puerta trasera igualmente abierta y salí disparado, bajando cinco escalones de piedra hasta el patio adoquinado donde crecía la hierba.

La luz de la luna no llegaba hasta allí, pero se veía el camino sin necesidad de linterna. Algunas de las ventanas laterales de la Gilman House brillaban débilmente, y me pareció oír ruidos confusos en su interior. Mientras

caminaba sin hacer ruido hacia el lateral que daba a Washington Street, vi varios portales abiertos y elegí el más próximo como ruta de salida. El pasillo de dentro estaba oscuro y, cuando llegué al otro extremo, vi que la puerta de la calle estaba cerrada y era inamovible. Decidí probar en otro edificio y retrocedí a tientas en dirección al patio, pero me detuve en seco al llegar al portal.

Por una puerta abierta de la Gilman House salía en tropel una gran multitud de tipos sospechosos... balanceando sus linternas en la oscuridad e intercambiando sus horribles voces roncas débiles gritos en un idioma que desde luego no era el inglés. Los tipos se movían con aire vacilante, y me di cuenta con alivio de que no sabían hacia dónde me había ido; pero, a pesar de todo, un escalofrío de horror me recorrió todo el cuerpo. Era imposible distinguir sus facciones, pero sus andares encogidos arrastrando los pies resultaban abominablemente repelentes. Y lo peor de todo, me di cuenta de que uno de los tipos llevaba una extraña vestimenta e iba coronado con una inconfundible tiara elevada con unos dibujos que yo conocía perfectamente. Mientras aquellos tipos se dispersaban por todo el patio, me pareció que mis temores aumentaban. ¿Y si no encontraba ninguna salida del edificio que diera a la calle? El olor a pescado era detestable, y me extrañaba que pudiera soportarlo sin desmayarme. Andando de nuevo a tientas en dirección a la calle, abrí una puerta del vestíbulo y entré en una habitación vacía cuyas ventanas tenían los postigos cerrados, pero carecían de bastidor. Avanzando a tientas alumbrándome con la linterna pude abrir los postigos; y al cabo de un momento había salido trepando al exterior y cerraba cuidadosamente la abertura, dejándola como la había encontrado.

Me encontraba ya en Washington Street, y por el momento no se veía a ningún ser vivo, ni ninguna luz excepto la de la luna. Sin embargo, desde varias direcciones se oía a lo lejos el sonido de voces roncas, de pasos, y de una curiosa especie de golpeteo que no sonaba exactamente a pisadas. Estaba claro que no tenía tiempo que perder. Sabía orientarme en la oscuridad, y me alegré de que estuvieran apagadas todas las luces de las calles, como se acostumbra a hacer en las poblaciones rurales poco prósperas las noches de luna. Algunos ruidos provenían del sur; no obstante, persistí en mi deseo de escapar en esa dirección. Sabía que encontraría bastantes portales desiertos



para refugiarme en caso de tropezarme con alguna persona o grupo que tuviera aspecto de estar persiguiéndome.

Caminaba deprisa, sin hacer ruido, y pegado a las casas en ruinas. Aunque no llevaba sombrero y estaba despeinado tras mi ardua escalada, no parecía llamar especialmente la atención; y tenía muchas posibilidades de pasar inadvertido si por casualidad me tropezaba con algún transeúnte. En Bates Street me metí en un zaguán abierto mientras dos individuos que arrastraban los pies pasaban por delante de mí, pero no tardé en proseguir de nuevo mi camino y acercarme a la explanada donde Eliot Street se cruza oblicuamente con Washington Street en la intersección de South. Aunque nunca había visto aquel lugar, me había parecido peligroso en el plano del muchacho de la abacería, ya que la luz de la luna lo iluminaba de lleno. Era inútil intentar evitarlo, pues cualquier otro recorrido alternativo implicaría una serie de rodeos que aumentarían las posibilidades de que me vieran y me retrasarían. Lo único que podía hacer era cruzarlo con descaro y abiertamente, imitando lo mejor que podía el típico andar bamboleante de la gente de Innsmouth, y confiando en que nadie —o al menos ninguno de mis perseguidores— pasara por allí.

No podía formarme una idea de cómo habían organizado exactamente la persecución ni desde luego de cuál sería su intención. En la ciudad parecía haber una actividad desacostumbrada, pero estimé que la noticia de mi huida del Gilman todavía no se habría propagado. Naturalmente tenía que alejarme en seguida de Washington Street y tomar alguna otra calle en dirección sur; pues aquel grupo que salió del hotel estaría sin duda buscándome. Seguramente había dejado huellas en el polvo del último edificio, que les revelarían cómo había llegado a la calle.

La explanada estaba, como yo suponía, totalmente iluminada por la luna, y vi los restos de una especie de parque, rodeado de una verja de hierro verde, en el centro. Afortunadamente no había nadie en los alrededores, aunque un curioso zumbido pareció aumentar en dirección a Town Square. South Street era muy ancha y, bajando un suave declive, conducía directamente hacia el puerto, dominándose desde ella una gran perspectiva de mar; y yo esperaba que no hubiera nadie mirando desde lejos cuando la atravesara bajo el resplandor de la luna.

Nada me impidió avanzar, y ningún ruido nuevo me dio a entender que me hubieran espiado. Echando una ojeada a mi alrededor, por un momento aminoré el paso involuntariamente para captar una perspectiva del mar, que lucía esplendoroso al final de la calle bajo la radiante luz de la luna. Allá a lo lejos, pasado el rompeolas, se alzaba la borrosa y sombría silueta del Arrecife del Diablo y, al vislumbrarlo, no pude por menos de pensar en todas aquellas horribles leyendas que había escuchado en las últimas treinta y cuatro horas... leyendas que describían aquella roca recortada como una verdadera puerta de acceso a regiones de horrores ignotos y monstruosidades inconcebibles.

Entonces, de repente, vi los destellos intermitentes de una luz en el lejano arrecife. Eran claros e inconfundibles, y despertaron en mi mente un horror irracional que sobrepasaba cualquier medida. Mis músculos se tensaron para una huida precipitada, contenidos tan sólo por cierta cautela inconsciente y una fascinación casi hipnótica. Y para empeorar las cosas, desde la elevada cúpula de la Gilman House, que se perfilaba hacia el nordeste detrás de mí, surgieron otros destellos análogos, aunque diferentemente espaciados, que sólo podían ser una señal de respuesta.

Controlando mis músculos y dándome cuenta otra vez de que podían verme perfectamente, reanudé mis fingidos y más ligeros andares bamboleantes, aunque sin apartar los ojos de aquel infernal y ominoso arrecife mientras el comienzo de South Street me proporcionaba una vista del mar. No podía imaginar qué significaba todo aquello; a no ser que implicase algún rito extraño relacionado con el Arrecife del Diablo, o que algún grupo hubiera desembarcado de un navío en aquella roca siniestra. Inmediatamente torcí a la izquierda en torno al ruinoso ejido, sin dejar de mirar hacia el océano que resplandecía bajo la espectral luz de la luna de verano, y observando el misterioso centelleo de aquellos anónimos e inexplicables faros.

Fue entonces cuando sufrí la impresión más horrible de todas las que me había llegado a percatar... la impresión que destruyó mi último vestigio de sangre mía y me hizo echar a correr frenéticamente hacia el sur dejando atrás los profundos portales negros y las grandes y sospechosas ventanas de aquella desierta calle de pesadilla. Pues, al mirar más detenidamente, vi que las aguas iluminadas por la luna entre el arrecife y la costa no estaban

vacías ni mucho menos. Estaban llenas de una ingente horda de figuras que nadaban en dirección al pueblo; e incluso, a pesar de que me encontraba a enorme distancia, podría decir, en el único instante de percepción, que aquellas cabezas que se balanceaban y aquellos brazos que se agitaban eran tan extraños y anómalos que difícilmente se podrían describir o formular conscientemente.

Mi frenética carrera cesó antes de que hubiera recorrido una manzana, pues a mi izquierda empezaron a oírse algo así como el vocerío y los gritos de una persecución en toda regla. Eran pisadas y sonidos guturales, y el zumbido de un motor que resollaba recorriendo Federal Street en dirección sur. En un segundo todos mis planes cambiaron por completo... pues si habían interceptado la carretera sur antes de que yo llegara, debía encontrar otra salida de Innsmouth. Me detuve y entré en un portal abierto, pensando en lo afortunado que era por haber abandonado la explanada iluminada por la luna antes de que mis perseguidores bajaran por la calle paralela.

La segunda reflexión que me hice fue menos alentadora. Dado que los perseguidores bajaban por otra calle, estaba claro que el grupo no me seguía exactamente. No me habían visto, sino que sencillamente obedecían a un plan general que consistía en cortarme la salida. Eso implicaba, sin embargo, que todas las carreteras que partían de Innsmouth se vigilasen por igual, pues los habitantes no podían saber qué ruta me proponía tomar. Si ello era así, tendría que huir a campo traviesa y lejos de cualquier carretera; pero ¿cómo podía hacer eso, dado que toda la región circundante era pantanosa y estaba plagada de riachuelos? Por un momento la cabeza me dio vueltas... debido a la pura desesperación y al rápido aumento del omnipresente olor a pescado.

Entonces me acordé del ferrocarril abandonado de Innsmouth a Rowley, cuya sólida vía sobre un lecho de balasto, cubierto de maleza, se extendía todavía hacia el noroeste, desde la derrumbada estación situada al borde de la garganta del río. Existía la posibilidad de que la gente de la ciudad no se acordara de ella, puesto que el abandono y las numerosas zarzas que la obstruían la hacían casi intransitable, y de todas las avenidas era la que menos probabilidades había de que un fugitivo la eligiera. La había visto con claridad desde la ventana del hotel, y sabía más o menos por dónde discurría. La mayor parte

de sus primeros tramos eran inquietantemente visibles desde la carretera de Rowley y desde cualquier lugar elevado de la ciudad; aunque quizás fuera posible arrastrarse entre la maleza sin llamar la atención. En todo caso, constituía mi única posibilidad de liberación, y no quedaba otra alternativa.

Retirándome hacia el interior del vestíbulo de mi refugio desierto, consulté una vez más el plano con ayuda de la linterna. El problema inmediato era cómo llegar al antiguo ferrocarril; e inmediatamente comprendí que el camino más seguro era dirigirse hacia Babson Street, luego al oeste hasta Lafayette Street –rodeando, aunque no cruzando, una explanada homóloga a la que antes había atravesado– y posteriormente retroceder hacia el norte y al oeste zigzagueando por Lafayette, Bates, Adams y Bank Street –esta última bordea la garganta del río– hasta la abandonada y derruida estación que había visto desde la ventana de mi habitación. El motivo para seguir por Babson Street era que no deseaba cruzar de nuevo la explanada ni comenzar mi camino hacia el oeste por una calle transversal tan ancha como South Street.

Poniéndome otra vez en marcha, crucé a la derecha de la calle para acercarme poco a poco y meterme por Babson Street lo más discretamente posible. Todavía seguían los ruidos en Federal Street y, al mirar hacia atrás, me pareció ver un destello de luz cerca del edificio por el que me había escapado. Ansioso por abandonar Washington Street, empecé a correr a trote lento, confiando en no tropezar con nadie. Cerca de la esquina de Babson Street vi con alarma que una de las casas todavía estaba habitada, como atestiguaban las cortinas de una de las ventanas; aunque no había luces en el interior y pasé por delante sin dificultad.

En Babson Street, que atravesaba Federal Street y por tanto podría ser descubierto por mis perseguidores, me ceñí lo más que pude a los irregulares edificios hundidos, deteniéndome dos veces en un portal cuando aumentaron los ruidos detrás de mí. La amplia y desolada explanada que tenía frente a mí relucía bajo la luna, pero mi ruta no me obligaba a cruzarla. Durante el momento que estuve parado, empecé a percibir una nueva serie de ruidos imprecisos; y al mirar con cautela fuera de mi escondite vi un automóvil que atravesaba a toda prisa la explanada y se metía por Eliot Street, que cruzaba tanto Babson como Lafayette.





Mientras observaba —sofocado por un repentino aumento del olor a pescado seguido de un breve alivio— vi un grupo de individuos torpes y encojidos que andaban muy deprisa y bamboleándose en la misma dirección; y comprendí que debía de ser el grupo que vigilaba el camino de Ipswich, ya que esa carretera es una prolongación de Eliot Street. Dos de las figuras que vislumbé iban envueltas en túnicas amplísimas, y una llevaba una puntiaguda diadema que relucía pálidamente a la luz de la luna. Los andares de esa última era tan extraños que me produjeron escalofríos... pues me pareció que aquella criatura casi *saltaba*.

Cuando el último integrante del grupo desapareció de mi vista, reanudé la marcha, doblando rápidamente la esquina para meterme por Lafayette Street y cruzando apresuradamente Eliot Street por miedo a que algún rezagado del grupo todavía estuviera en aquella vía pública. Oí un estruendo de ruidos y gruñidos a lo lejos hacia Town Square, pero logré pasar sin ninguna dificultad. Mi mayor temor era tener que cruzar otra vez la ancha South Street iluminada por la luna —desde la que se veía el mar— y tuve que armarme de valor para aquella terrible experiencia. Alguien podría perfectamente estar mirando y, si quedaba algún rezagado en Eliot Street, no dejaría de verme desde cualquiera de aquellos dos lugares. En el último momento decidí que era mejor aflojar el paso y cruzar como antes, con el andar bamboleante de los nativos de Innsmouth.

Cuando apareció de nuevo la vista del agua —esta vez a mi derecha—, estaba casi decidido a no mirarla. Sin embargo no pude resistirme, sino que eché una mirada de reojo mientras me esmeraba en fingir que andaba bamboleándome hacia las sombras protectoras que había enfrente. No se veía ningún barco, como esperaba que ocurriría. En cambio, lo primero que me llamó la atención fue un pequeño bote de remos que se dirigía a los muelles abandonados e iba cargado con un pesado bulto cubierto por una lona alquitranada. Los remeros, aunque se veían vagamente y con escasa nitidez, tenían un aspecto particularmente repugnante. Todavía se distinguían algunos nadadores; mientras, en el lejano arrecife negro pude ver un débil resplandor continuo, distinto de la parpadeante luz de faro que había visto antes, y de un extraño color que me fue imposible identificar exactamente. Por encima de los tejados inclinados y a mano derecha surgía amenazadora

la alta cúpula de la Gilman House, completamente oscura. El olor a pescado, que alguna brisa misericordiosa había disipado por un momento, me rodeó de nuevo con una intensidad exasperante.

Todavía no había cruzado la calle cuando oí los murmullos de un grupo que avanzaba a lo largo de Washington Street procedente del norte. Cuando llegaron a la amplia explanada, desde donde yo había vislumbrado por primera vez la inquietante vista del agua iluminada por la luna, pude verlos perfectamente a sólo una manzana de distancia... y me horrorizó la bestial monstruosidad de sus rostros, y la infrahumanidad de sus andares de perro. Uno de los individuos se movía realmente como un simio, rozando frecuentemente el suelo con sus largos brazos; mientras que otro —con túnica y tiara— parecía avanzar prácticamente a saltos. Supuse que ese grupo era el que había visto en el patio de la Gilman House... por lo tanto el que me seguía la pista más de cerca. Cuando algunos se volvieron a mirar en dirección a mí, el miedo me paralizó, aunque me las arreglé para mantener los desenfadados andares bamboleantes que había adoptado. Todavía ignoro si me vieron o no. Si me vieron, mi estratagema debió de engañarlos, porque cruzaron la explanada iluminada por la luna sin desviarse... mientras gruñían y farfullaban en una detestable jerga gutural que no pude identificar.

Protegido de nuevo por las sombras, reanudé mi trote ligero de antes y dejé atrás las decrepitas casas inclinadas que miraban fijamente a la noche sin comprender. Después de cruzar a la otra acera, doblé la esquina más próxima y me metí por Bates Street, manteniéndome pegado a los edificios. Pasé por delante de dos casas que mostraban señales de estar habitadas, en una de las cuales había luces tenues en las habitaciones del piso superior, pero no encontré ningún obstáculo. Al torcer por Adams Street me sentí relativamente seguro, aunque me sobresalté cuando un hombre salió haciendo eses de un portal oscuro justo delante de mí. Sin embargo, resultó estar demasiado borracho para constituir una amenaza; de modo que llegué sano y salvo a las deprimentes ruinas de los almacenes de Bank Street.

Nadie se movía en aquella calle muerta junto a la garganta del río, y el estruendo de las cataratas ahogaba completamente mis pasos. Había un buen trecho hasta la estación en ruinas, y los muros de ladrillo del gran almacén que me circundaba me parecían no sé por qué más aterradores que

las fachadas de las casas particulares. Finalmente llegué a los soportales de la antigua estación —o lo que quedaba de ella— y me dirigí directamente a las vías, que arrancaban en su extremo más alejado.

Los raíles estaban oxidados, pero en su mayor parte intactos, y sólo se habían podrido la mitad de las traviesas. Era muy difícil andar o correr por una superficie así; pero hice lo que pude y en general me desenvolví razonablemente bien. Durante un trecho, la línea férrea seguía a lo largo del borde del río, pero finalmente llegaba al gran puente cubierto, donde cruzaba la sima a una altura de vértigo. El estado de ese puente determinaría mi siguiente etapa. Si era humanamente posible, lo cruzaría; si no, tendría que arriesgarme otra vez a deambular por las calles y tomar el puente más próximo que estuviera intacto.

El viejo puente, tan enorme como un granero, brillaba espectralmente a la luz de la luna, y vi que las traviesas se encontraban en buen estado, al menos en los primeros pies. Al entrar utilicé mi linterna y casi me derribó una nube de murciélagos que pasó aleteando por encima de mí. Casi a la mitad de camino había un peligroso boquete en las traviesas que por un momento temí que me detendría; pero al final me arriesgué y di un salto desesperado que por fortuna salió bien.

Me alegré de ver de nuevo la luz de la luna cuando salí de aquel macabro túnel. Los viejos raíles cruzaban River Street al mismo nivel, y en seguida cambiaban de dirección para adentrarse en una zona cada vez más rural, en la que poco a poco disminuía el detestable olor a pescado tan generalizado en Innsmouth. Allí la espesa vegetación de maleza y escaramujo me dificultó el paso y me desgarró la ropa atrocemente, pero a pesar de todo me alegré de su presencia, pues podría ocultarme en caso de peligro. No ignoraba que gran parte de mi camino era visible desde la carretera de Rowley.

La región pantanosa empezó poco después. La única vía la atravesaba sobre un terraplén de poca altura cubierto de una vegetación algo menos tupida. Luego venía una especie de isla de terreno más elevado, y la vía pasaba a través de una zanja poco profunda obstruida por arbustos y zarzas. Era muy agradable esa protección parcial, ya que, según había visto desde mi ventana, la carretera de Rowley pasaba inquietantemente cerca de aquel punto. Cruzaba la vía al final de la zanja y se desviaba a una distancia más fiable; pero

mientras tanto yo debía ser extremadamente cauteloso. Para entonces, me había asegurado de que, afortunadamente, la vía férrea no estaba vigilada.

Antes de entrar en la zanja eché una ojeada hacia atrás, pero vi que nadie me seguía. Las antiguas agujas y tejados de la deteriorada Innsmouth relucían encantadores y etéreos a la mágica luz amarilla de la luna, y pensé en qué aspecto debieron de tener en los viejos tiempos antes de que la sombra se abatiera sobre la ciudad. Luego, cuando miré a tierra adentro desde la ciudad, me llamó la atención algo menos tranquilizador que me mantuvo inmóvil unos segundos.

Lo que vi —o imaginé que vi— fue un indicio preocupante de un movimiento ondulante allá a lo lejos, hacia el sur; un indicio que me llevó a la conclusión de que una horda muy grande debía estar saliendo en tropel de la ciudad por la carretera de Ipswich. La distancia era considerable y no pude distinguir nada en detalle; pero no me gustó nada el aspecto de aquella columna en movimiento. Ondulaba demasiado y relucía con demasiada intensidad bajo la luna, que se desplazaba ya hacia el poniente. También me pareció oír ruidos, aunque el viento soplaba en otra dirección... algo así como chirridos y bramidos de bestias, peores todavía que los murmullos de las partidas que había oído por casualidad últimamente.

Me pasaron por la cabeza toda clase de conjeturas desagradables. Pensé en aquellos sujetos tan excepcionales que, según se decía, se ocultaban en las derrumbadas y centenarias madrigueras cercanas al puerto. También me vinieron a la imaginación los indescritibles nadadores que había visto. Teniendo en cuenta las partidas que había vislumbrado hasta el momento, así como las que me imaginaba que estarían recorriendo otras carreteras, el número de mis perseguidores debía de ser insólitamente grande para una ciudad tan despoblada como Innsmouth.

¿De dónde procedía el nutrido personal de una columna como la que acababa de ver? ¿Acaso aquellas antiguas e insondables madrigueras rebosaban de una insospechada y no catalogada vida pervertida? ¿O es que realmente había desembarcado una legión de intrusos desconocidos en aquel infernal arrecife? ¿Quiénes eran? ¿Por qué estaban allí? Y si una columna como aquella estaba recorriendo la carretera de Innsmouth, ¿habrían aumentado igualmente las patrullas de las otras carreteras?

Había entrado en la zanja cubierta de maleza y avanzaba penosamente a paso lento cuando aquel detestable olor a pescado volvió a aumentar y a hacerse dominante. ¿Había cambiado el viento al este de repente y soplabo ahora desde el mar por encima de la ciudad? Llegué a la conclusión de que debía de ser así, ya que empezaron a oírse horribles murmullos guturales desde aquella dirección hasta entonces silenciosa. También hubo otro ruido: una especie de colosal aleteo en masa o golpeteo de pasos ligeros y apresurados que de algún modo traía a la memoria las más detestables imágenes. Me hizo pensar contra toda lógica en aquella desagradable columna ondulante que avanzaba por la remota carretera de Ipswich.

Y entonces el hedor y los ruidos aumentaron, de modo que me detuve, temblando y agradecido por la protección que me brindaba la zanja. Recordé que era allí donde la carretera de Rowley pasaba muy cerca de la antigua vía férrea, antes de cruzar hacia el oeste y alejarse. Algo se acercaba por aquella carretera, y tuve que tumbarme en el suelo hasta que pasara y se perdiera a lo lejos. Gracias a Dios, aquellas criaturas no utilizaban perros para rastrear... aunque tal vez eso habría sido imposible con el omnipresente olor que dominaba en toda la región. Agachado entre los arbustos de aquella hendidura arenosa, me sentía bastante seguro aun cuando sabía que mis perseguidores tendrían que cruzar la vía frente a mí a algo más de cien yardas [casi cien metros] de distancia. Yo podría verlos, pero ellos a mí no, a no ser por un malévolos milagro.

De pronto empecé a temer mirarlos cuando pasaran. Vi el espacio iluminado por la luna por donde saldrían en tropel, y tuve curiosos pensamientos sobre su irremediable contaminación. Tal vez fueran los peores sujetos de todo Innsmouth... algo que nadie querría recordar.

El hedor era cada vez más penetrante, y los ruidos aumentaron hasta convertirse en un bestial babel de gruñidos, aullidos y ladridos, sin el menor indicio de lenguaje humano. ¿Eran esas realmente las voces de mis perseguidores? ¿O llevaban perros después de todo? De momento yo no había visto ningún animal inferior en Innsmouth. Aquel aleteo y ruido de pasos era monstruoso... no podría mirar a las degeneradas criaturas que lo producían. Mantendría los ojos cerrados hasta que los ruidos se alejaran hacia el oeste. La horda estaba ya muy cerca... el aire estaba viciado por sus ronc

gruñidos, y el suelo casi temblaba por el extraño ritmo de sus pisadas. Casi me quedé sin aliento, y concentré toda mi fuerza de voluntad para mantener los párpados apretados.

Ni siquiera hoy podría decir si lo que sucedió a continuación fue una espantosa realidad o sólo una alucinación de pesadilla. La posterior intervención del Gobierno, tras mis desesperadas peticiones, parece confirmar que se trataba de una monstruosa verdad; pero ¿acaso no es posible que una alucinación se repita bajo el hechizo casi hipnótico de aquella antigua ciudad encantada y tenebrosa? Tales lugares tienen extrañas características y el legado de sus insensatas tradiciones podría haber afectado a la mente de más de uno de los que se aventuraron por sus malditas y hediondas calles muertas, con sus montones de tejados carcomidos y sus campanarios derrumbados. ¿No es posible que un germen de una verdadera locura contagiosa aceche en lo más profundo de esa sombra que se cierne sobre Innsmouth? ¿Quién puede asegurarlo con certeza, después de haber oído cosas como el relato de Zadok Allen? Las autoridades gubernamentales jamás encontraron al pobre Zadok, y no quieren hacer ninguna conjetura acerca de lo que fue de él. ¿Dónde acaba la locura y empieza la realidad? ¿Es posible que incluso mis últimos temores no sean más que una pura ilusión?

Pero voy a intentar contar lo que me pareció ver aquella noche, bajo la burlona luna amarilla... lo que me pareció ver surgir en tropel y dando saltos por la carretera de Rowley, mientras estaba agachado entre las zarzas silvestres de aquella desolada zanja del ferrocarril. Los vi con toda claridad pasar por delante de mí. Como es natural, no logré mi propósito de mantener los ojos cerrados. Estaba condenado de antemano al fracaso... pues ¿quién se quedaría agachado con los ojos cerrados mientras una legión de seres de origen desconocido que gruñen y aúllan pasan aleteando asquerosamente a poco más de cien yardas de distancia?

Creí estar preparado para lo peor, y en realidad tendría que haberlo estado, teniendo en cuenta lo que había visto antes. Mis otros perseguidores eran execrablemente deformes... de modo que ¿no tendría que haber estado preparado para enfrentarme a un *reforzamiento* de esa deformidad, a unos seres que no tenían nada de normal? No abrí los ojos hasta que el estridente clamor llegó con más fuerza todavía desde un lugar situado obviamente





justo enfrente. Entonces me di cuenta de que una gran parte de ellos estaba a la vista, pasaba en aquel momento por donde los costados de la zanja se nivelaban y la carretera cruzaba la vía... y no pude negarme por más tiempo a ver lo que la impúdica luna amarilla tenía que mostrarme, por muy horroroso que fuera.

Aquello fue el final, para lo que me quede de vida en la superficie de la tierra, de cualquier vestigio de equilibrio mental y confianza en la integridad de la naturaleza y del espíritu del hombre. Nada de lo que podía haberme imaginado —nada, incluso, de lo que podía haber deducido si hubiese dado crédito al disparatado relato del viejo Zadok en su sentido más literal— sería comparable a la realidad demoníaca y sacrílega que vi... o creí ver. He tratado de dar a entender lo que era para aplazar el horror de describirlo sin rodeos. ¿Es posible que este planeta haya engendrado realmente tales criaturas, y que unos ojos humanos hayan visto de verdad, en carne y hueso, lo que el género humano no ha conocido hasta ahora más que en febriles ensueños y leyendas poco convincentes?

Y sin embargo, las vi en una interminable oleada —aleteando, dando brincos, gruñendo, gimoteando— que surgía inhumanamente a través del espectral claro de luna en una zarabanda grotesca y maligna de pesadilla fantástica. Y algunas llevaban altas tiaras de aquel innominado metal dorado blancuzco... y otras iban extrañamente vestidas... y había una, la que iba en cabeza, que vestía una macabra capa negra que no conseguía ocultar su joroba y unos pantalones a rayas, y llevaba un sombrero de fieltro que le cubría el bulto informe que servía de cabeza...

Casi todas eran de un color verde grisáceo, aunque tenían el vientre blanco. Eran en su mayor parte de piel reluciente y resbaladiza, pero sus dorsos tenían protuberancias escamosas. Sus figuras recordaban vagamente al antropoide, pero sus cabezas eran de pez, con enormes ojos saltones que nunca se cerraban. A ambos lados del cuello les palpitaban agallas, y sus grandes zarpas eran palmeadas. Brincaban de manera irregular, unas veces erguidas, otras a cuatro patas. No sé por qué me alegré de que no tuvieran más de cuatro extremidades. Sus voces eran una especie de gruñido o aullido, pero indudablemente constituía un lenguaje articulado con todos los enigmáticos matices de expresión que les faltaban a sus llamativos rostros.

Mas, a pesar de su monstruosidad, no me resultaban del todo desconocidas. Demasiado bien sabía lo que debían ser... pues ¿acaso no era todavía reciente el recuerdo de aquella funesta tiara de Newburyport? Eran los sacrílegos peces-rana del indescriptible dibujo –vivos y en todo su horror–, y al verlos también comprendí lo que aquel jorobado sacerdote de la tiara que vi en el negro sótano de la iglesia me había recordado. Su número era imposible de conjeturar. Me pareció que eran ilimitadas multitudes... y sin duda alguna mi momentáneo vislumbre no me había mostrado más que una mínima parte. Un instante después todo desapareció de mi vista gracias a un desfallecimiento misericordioso; el primero que había tenido en toda mi vida.

V

Una suave lluvia matinal me despertó de mi aletargamiento en la zanja del ferrocarril cubierta de maleza, y cuando salí tambaleándome a la carretera no vi rastro alguno de huellas en el barro fresco. El olor a pescado también había desaparecido. Los tejados en ruinas y los campanarios derribados de Innsmouth asomaban amenazadoramente por el sudeste, pero no divisé ningún ser vivo en toda la desolada marisma salada que me rodeaba. Mi reloj todavía funcionaba, y me indicó que eran más de las doce.

Mi mente recordaba vagamente lo que había sucedido, pero tuve el presentimiento de que algo espantoso se ocultaba en el fondo. Tenía que alejarme de la aciaga y maligna Innsmouth... y por consiguiente empecé a comprobar si podía valerme de mis entumecidos y fatigados medios de locomoción. A pesar de la debilidad, el hambre, el horror y el desconcierto, al cabo de un rato comprobé que podía caminar; de modo que me puse en marcha, con paso lento, por la enfangada carretera de Rowley. Antes de que anoheciera estaba en el pueblo, donde comí y me proveí de ropas presentables. Tomé el tren de la noche para Arkham, y al día siguiente mantuve una larga y sincera conversación con las autoridades locales, proceso que repetí más tarde en Boston. El público ya conoce la principal

consecuencia de esos coloquios... y me gustaría, por mor a la normalidad, no tener nada más que añadir. Tal vez la locura se esté apoderando de mí... quizás se esté acercando... un horror todavía mayor... o un prodigio todavía mayor...

Como es fácil de imaginar, renuncié a la mayor parte de mis planes previstos para el resto del viaje: distracciones paisajísticas, arquitectónicas y arqueológicas, de las que tanto había esperado. Tampoco me atreví a buscar aquella extraña joya que, según decían, se guardaba en el Museo de la Universidad Miskatonic. No obstante, aproveché mi estancia en Arkham para recoger algunos apuntes genealógicos que desde hacía mucho quería poseer; datos muy aproximados y apresurados, es cierto, pero que me serían muy útiles más adelante, cuando tuviera tiempo de ordenarlos y codificarlos. El conservador de la sociedad histórica de Arkham, Mr. E. Lapham Peabody, se prestó amablemente a ayudarme y mostró un extraordinario interés cuando le dije que era nieto de Eliza Orne, de Arkham, nacida en 1867 y casada con James Williamson, de Ohio, a la edad de diecisiete años.

Al parecer, un tío materno mío había estado allí muchos años antes en busca de los mismos datos que a mí me interesaban; y la familia de mi abuela había sido objeto de habladurías en la localidad. Mr. Peabody dijo que había habido bastantes discusiones acerca del matrimonio de su padre, Benjamin Orne, inmediatamente después de la guerra civil, dado que el linaje de la novia era particularmente enigmático. Se creía que esa novia era huérfana de un tal Marsh de New Hampshire —prima de los Marsh del condado de Essex—, pero se había educado en Francia y sabía muy poco de su familia. Su tutor había depositado fondos en un banco de Boston para mantenerla a ella y a su institutriz francesa; pero el nombre del tutor no resultaba familiar a los habitantes de Arkham, y al poco tiempo desapareció, de modo que la institutriz asumió su papel por decisión judicial. La francesa —muerta ya hace mucho— era muy taciturna, y había quienes decían que podía haber contado mucho más de lo que contó.

Pero lo más desconcertante era la incapacidad de todos para reconocer a los supuestos padres de la muchacha —Enoch Marsh y Lydia (Meserve) Marsh— entre las familias conocidas de New Hampshire. Muchos sugirieron

que posiblemente fuese hija natural de algún Marsh ilustre... desde luego tenía los mismos ojos de los Marsh. La mayor parte del embrollo surgió después de su prematura muerte, que tuvo lugar al nacer su única hija, mi abuela. Como yo tenía una opinión bastante desagradable en relación con el apellido Marsh, no me alegré al enterarme de que era miembro de mi propio árbol genealógico; tampoco me gustó la insinuación de Mr. Peabody de que yo tenía los ojos típicos de los Marsh. No obstante, le agradecí que me hubiera proporcionado unos datos que sabía que me resultarían valiosos; y tomé abundantes notas y referencias bibliográficas acerca de la familia Orne, de la que había abundante documentación en los archivos.

De Boston regresé directamente a mi casa en Toledo, y después pasé un mes en Maumee, reponiéndome de la dura prueba. En septiembre ingresé en Oberlin para cursar mi último año, y desde entonces hasta el siguiente junio estuve muy ocupado con mis estudios y otras actividades saludables, no recordando los horrores pasados más que cuando recibía las visitas ocasionales de las autoridades encargadas de la campaña que pusieron en marcha mis súplicas y mi declaración. Hacia mediados de julio —justo un año después de mi experiencia en Innsmouth— pasé una semana en Cleveland con la familia de mi difunta madre, cotejando algunos de los datos genealógicos que acababa de obtener con diversas notas, tradiciones y retazos de reliquias de familia que allí existían, para ver si podía encontrar algún tipo de relación.

La tarea no me agradó mucho que digamos, pues el ambiente del hogar de los Williamson siempre me había deprimido. Había en él una cierta tendencia al pesimismo, y cuando yo era pequeño mi madre nunca me había animado a visitar a sus padres, aunque siempre se alegraba cuando su padre venía a Toledo. Mi abuela de Arkham me parecía extraña y me daba muchísimo miedo, y cuando falleció no creo haberlo lamentado. Tenía yo entonces ocho años, y se decía que había muerto de pena tras el suicidio de mi tío Douglas, su hijo mayor. Se había pegado un tiro al regreso de un viaje a Nueva Inglaterra... el mismo viaje sin duda por el que se le recordaba en la Sociedad de Estudios Históricos de Arkham.

Ese tío se parecía mucho a ella, y tampoco me había gustado nunca. Había algo en la expresión de ambos, como si mirasen fijamente, sin parpadear, que me producía un impreciso e inexplicable desasosiego. Mi madre

y mi tío Walter no se parecían a ellos. Eran como su padre, aunque el pobrecito primo Lawrence —hijo de Walter— había sido el vivo retrato de su abuela hasta que su estado de salud hizo necesario recluirlo para siempre en un sanatorio de Canton. Hacía cuatro años que no lo había visto, pero mi tío me dio a entender una vez que su estado, tanto mental como físico, era deplorable. Esa preocupación había sido probablemente la causa principal de la muerte de su madre dos años antes.

Mi abuelo y su hijo viudo Walter componían mi única familia en Cleveland, pero el recuerdo de los viejos tiempos se cernía continuamente sobre ella. Aquel lugar seguía sin gustarme, y procuré llevar a cabo mis investigaciones con la mayor rapidez posible. Mi abuelo me proporcionó abundantes documentos y tradiciones de los Williamson, pero en lo referente a los Orne, tuve que contar con mi tío Walter, que puso a mi disposición el contenido de todos sus archivos, que incluía notas, cartas, recortes, legados, fotografías y miniaturas.

Repasando las cartas y los retratos de los Orne, fue como empecé a contraer una especie de terror hacia mis propios antepasados. Como he dicho, mi abuela y mi tío Douglas siempre me habían inquietado. Años después de haber desaparecido, todavía contemplaba sus rostros en los retratos con un sentimiento de repulsa y extrañeza perceptiblemente acrecentado. Al principio no podía comprender el cambio, pero poco a poco empezó a imponerse en mi subconsciente una especie de *comparación* horrible, a pesar de la firme negativa de mi conciencia a admitir siquiera la más remota posibilidad. No cabía duda de que la expresión característica de aquellos rostros me sugería algo que no me había sugerido antes... algo que me producía un pánico absoluto si pensaba demasiado abiertamente en ello.

Pero el peor sobresalto se produjo cuando mi tío me mostró las joyas que los Orne guardaban en una cámara acorazada del centro de la ciudad. Algunas de ellas eran primorosas y bastante estimulantes, pero había un estuche con extrañas alhajas antiguas, pertenecientes a mi misteriosa bisabuela, que mi tío casi habría preferido no mostrar. Tenían, me dijo, un diseño muy grotesco y casi repulsivo, y nunca, que él supiera, las había llevado en público; aunque mi abuela solía disfrutar contemplándolas a solas. Sobre ellas circulaban imprecisas leyendas que les atribuían mala suerte, y la insti-

tutriz francesa de mi bisabuela había dicho que no deberían ponérselas en Nueva Inglaterra, aunque en Europa podrían llevarse sin el menor peligro.

Mientras mi tío empezaba a desenvolver despacio y a regañadientes los objetos, me recomendó que no me dejase impresionar por la rareza y la habitual atrocidad de los diseños. Los artistas y arqueólogos que los habían visto dictaminaron que su ejecución era excepcional y exóticamente exquisita, aunque nadie fue capaz de precisar con qué metal habían sido elaboradas, ni de indicar a qué tradición artística concreta pertenecían. Había dos brazaletes, una tiara y una especie de pectoral; este último tenía ciertas figuras en alto relieve de una extravagancia casi insoportable.

Mientras me hacía esa descripción yo había contenido mis emociones, pero mi cara debió traicionar mis crecientes temores. Mi tío parecía preocupado, y dejó de desenvolver las joyas para estudiar mi semblante. Le indiqué con un gesto que continuara, lo que hizo con nuevas muestras de mala gana. Parecía temer alguna manifestación mía cuando apareciese la primera pieza —la tiara—, pero dudo mucho que se esperase lo que realmente sucedió. Yo tampoco lo esperaba, pues creía estar totalmente prevenido con respecto a lo que las joyas resultarían ser. Lo que hice fue desmayarme sin decir palabra, lo mismo que había hecho en aquella zanja del ferrocarril atascada de zarzas un año antes.

A partir de aquel día mi vida ha sido una pesadilla de lucubraciones y recelo, y ya no sé cuánto hay de espantosa verdad y cuánto de locura. Mi bisabuela había sido una Marsh de origen desconocido cuyo marido vivía en Arkham... ¿y no dijo el viejo Zadok que la hija que Obed Marsh tuvo con su segunda esposa monstruosa se casó con un individuo de Arkham gracias a un truco? ¿Y no había murmurado el viejo borrachín algo acerca del parecido de mis ojos con los del capitán Obed? También en Arkham me había dicho el conservador del museo que yo tenía los típicos ojos de los Marsh. ¿Fue Obed Marsh mi tatarabuelo? Y entonces, ¿quién —o *qué*— era mi tatarabuela? Pero quizás todo eso no fuera más que desvaríos. Aquellos adornos de oro blancuzco podrían haber sido comprados perfectamente a algún marinero de Innsmouth por el padre de mi bisabuela, quienquiera que fuese. Y aquella expresión de fijeza en los rostros de mi abuela y de mi tío, el que se mató, podía ser una pura fantasía... pura fantasía reforzada por la

sombra de Innsmouth, que ha alterado mi imaginación de manera tan amenazadora. Pero ¿por qué se había matado mi tío después de indagar sobre sus antepasados en Nueva Inglaterra?

Durante más de dos años rechacé estas reflexiones con cierto éxito. Mi padre me consiguió un empleo en una compañía de seguros, y me enfrasqué en mi ocupación rutinaria lo más a fondo que pude. Sin embargo, en el invierno de 1930-1931 comenzaron los sueños. Al principio eran muy escasos y solapados, pero se hicieron más frecuentes y más intensos a medida que pasaban las semanas. Grandes espacios acuáticos se abrían ante mí, y yo parecía vagar por titánicos pórticos sumergidos y laberintos de murallas ciclópeas cubiertas de algas, acompañado de peces grotescos. Después empezaron a aparecer *otras figuras* que me llenaban de indescripible horror al despertar. Pero durante el sueño no me horrorizaban en absoluto... yo era uno de ellos, llevaba sus inhumanos atavíos, andaba por sus acuosos caminos, y rezaba prodigiosamente en sus horribles templos en el fondo del mar.

Al despertar no lograba acordarme de todo, pero incluso lo que recordaba cada mañana sería suficiente para catalogarme de loco, o de genio, si me hubiera atrevido a ponerlo por escrito. Me parecía que alguna tremenda influencia trataba de apartarme poco a poco del mundo cuerdo, de la vida sana y ordinaria que llevaba, y me arrastraba a los innominables abismos de tinieblas y alienación; y el proceso me afectaba en gran medida. Mi salud y aspecto empeoraron de manera continuada, hasta que finalmente me vi obligado a renunciar a mi empleo y a vivir recluido como un inválido. Una extraña enfermedad del sistema nervioso me tenía paralizado, y a veces casi no podía cerrar los ojos.

Fue entonces cuando empecé a observarme en el espejo con creciente alarma. No es agradable contemplar los lentos estragos que produce la enfermedad, pero en mi caso había algo más sutil y más desconcertante detrás. Mi padre debió notarlo también, porque empezó a mirarme con curiosidad y casi con espanto. ¿Qué me estaba sucediendo? ¿Acaso estaba llegando a parecerme a mi abuela y a mi tío Douglas?

Una noche tuve un sueño espantoso en el que me encontraba con mi abuela bajo el mar. Ella vivía en un palacio fosforescente, con muchas te-

rrazas y jardines de extraños corales escamosos y grotescas floraciones braquiadas, y me daba la bienvenida con una cordialidad que podría considerarse sardónica. Había cambiado –como los que se van al agua para cambiar– y me dijo que no había muerto. En su lugar había pasado a un lugar de cuya existencia se había enterado su hijo muerto, un reino cuyas maravillas –destinadas a él también– había desdeñado con una pistola. Ese iba a ser también mi reino... no podía evitarlo. Nunca moriría, sino que viviría con los que ya existían antes de que el hombre habitara la tierra.

También conocí a la que había sido su abuela. Durante ocho mil años, Pth'thya-l'yi había vivido en Y'ha-nthlei, adonde había regresado después de la muerte de Obed Marsh. Y'ha-nthlei no fue destruida cuando los hombres de la tierra de arriba habían arrojado explosivos al mar. Le hicieron daño, pero no la destruyeron. Los Profundos no podían ser destruidos, aunque la magia paleógena de los olvidados Ancianos podía a veces detenerlos. Por ahora descansaban; pero algún día, si se acordaban, se levantarían de nuevo para reclamar el tributo que el Gran Cthulhu anhelaba. La próxima vez sería una ciudad más grande que Innsmouth. Habían planeado extenderse, y para ello habían criado a los que les ayudarían, pero de momento deben esperar una vez más. Yo debía sufrir un castigo por haber provocado la muerte de los hombres de la tierra de arriba, pero no sería duro. Ese fue el sueño en que vi por vez primera a un *shoggoth*, y la visión me hizo despertar en medio de gritos frenéticos. Aquella mañana comprobé ante el espejo que había adquirido definitivamente *la pinta de Innsmouth*.

Por ahora no me he pegado un tiro como mi tío Douglas. Me compré un arma automática y estuve a punto de dar ese paso, pero ciertos sueños me disuadieron. Los tensos extremos del horror que me aflige están disminuyendo, y me siento extrañamente atraído por las desconocidas profundidades del mar en lugar de temerlas. Mientras duermo oigo y hago cosas raras, y me despierto con una especie de exaltación en vez de temor. No creo que deba esperar un cambio completo como los demás. Si lo hiciera, mi padre probablemente me encerraría en un sanatorio, como encerraron a mi pobre primo. Allá abajo me aguardan prodigiosos e inauditos esplendores, y no tardaré en ir a buscarlos. *Iä-R'lyeh! Cthulhu fhtagn! Iä! Iä!* No, no me pegaré un tiro... ¡no puedo estar destinado a pegarme un tiro!

Planearé la huida de mi primo de ese manicomio de Canton e iremos juntos a la ciudad de Innsmouth de maravilloso agüero. Nadaremos hasta el siniestro arrecife y nos sumergiremos en los negros abismos hasta la ciclópica Y'ha-nthlei, la de las múltiples columnas, y moraremos para siempre en aquella prodigiosa y majestuosa guarida de los Profundos.